



LA NARIZ

Tenía unos enormes ojos de asombro, recién abiertos a la vida, oscuros e inusitados en la piel de pétalo de camelia, de camelia blanca igualmente recién nacida, caída de la mano de Dios para señalar el centro de la mañana.

La madre exclamaba, llena de alborozo:

--Ya me conoce...

El padre, inclinándose sobre la crespa marejada de batistas y encajas, repetía como un absurdo eco:

--Ya me conoce...

Contra lo tradicional, la abuela, desde su altiva condescendencia, se dignaba decir cuerdamente:

--¡Qué sabe ella de nadie, si es tan chiquita!

Porque en verdad sólo sabía de elementales deseos, de lentos descubrimientos, cómoda entre esas sombras que instintivamente aprendía a diferenciar, repartiendo entre ellas el pasmo de sus miradas, el imperativo de su lloro y la tierna magia de la sonrisa con que subraya los gorjeos.

Margarita cumplió su primer año. Miraba con los ojos de mi obstinado negro, contemplando con avidez cada rostro, y su mano, que ya respondía a un propósito, señalaba la cara más cercana, y en esa cara la nariz. Cuando se allegaban en busca de la manecita, hacía una insinuación de caricia, algo vago y delicioso que provocaba el regocijo de todos y su propia sonrisa, mostrando ya la aljofarada menudencia de unos dientecitos.

Pasó el tiempo arrebatado por los vientos de esa zona austral, tironeando las noches dilatadas, haciendo de los días un fugitivo claror en que la nieve ponía la evidencia de su incertidumbre. Llovía a torrentes, sin que paloma alguna asomara la esperanza de un verde ramo. Luego creaba la neblina otra incertidumbre más desvanecida aún, y, de súbito, una mañana cualquiera era como la primera mañana del mundo, con su sol recién nacido y su aire liviano incontaminado de suspiros, sol que relumbraba entre algodones de nubes graciosas, puestas allí para hacer más azul el azul del cielo.

La niña cumplió siete años. Parecía un largo tallo de junco. La cabeza mostraba la melena de paje, cobriza, y bajo la neta línea del flequillo aparecían los ojos enormes, desproporcionados, inescrutables, mirando en cada rostro con sostenida fijeza el perfil de la nariz.

--Abuela, ¿por qué tu nariz no se parece a la de papá?

La abuela la miraba a su vez sostenidamente, dejaba la labor en el regazo y contestaba seca, cortés, muy erguida en el severo traje negro con que cultivaba, a la par que con otras vetustas tradiciones, el tipo victoriano, buscando poner en evidencia la gota de sangre inglesa de un lejano antepasado.

--Porque papá es hombre y yo soy mujer.

--Tú eres mujer, como tía Elena, y tu nariz tampoco se parece a la de ella.

--Pero, hijita, todos somos distintos. No tenemos las narices iguales, ni los ojos, ni nada. Nadie es igual a

nadie. Ni siquiera los mellizos.

Bajo el borde del flequillo, los ojos se ahondaban insatisfechos. Su mirada también parecía ensancharse, abarcando mucho más que el tranquilo y suntuoso ambiente del salón familiar, en cuya chimenea ardían los troncos resinosos dando calidez a las caobas y a los bronces, animando con sus reflejos trémulos las desvaídas figuras de los tapices.

--Tu nariz es casi igual a la de mamá. Pero la de ella es más bonita y siempre está contenta. En cambio, la tuya parece que oliera cosas feas. Y que estuviera por enojarse. Porque tu nariz, abuela, se enoja antes que tú lo sepas. Ahora, por ejemplo. ¿Ves? Está enojada y tú no lo estás. Es decir, empiezas a enojarte también, porque el enojo ya no te cabía en la nariz.

Por toda respuesta, la abuela se encastillaba en su mutismo desdeñoso.

La madre contemplaba a Margarita con el mismo azoro de la gallina del cuento al patito feo. ¿Cómo era posible que de una misma pudiera salir una criatura tan absolutamente ajena?

No lo sería más si la hubiera recogido abandonada en medio de la calle. Margarita, sin decir palabra, mirando hasta ser molesta, y cuando llegaba a decir algo, era haciendo alguna observación absurda acerca de las narices.

--¿Las narices también se mueren, mamá?

No le gustaba salir, no jugaba ni sola ni con los niños. Lo mismo le daba un vestido que otro. No sabía qué quería, o, mejor dicho, no quería nada.

Ahora la sentía mirarla, no directamente, sino a su imagen reflejada en el espejo, los ojos de brillante azabache fijos en un punto.

--Tu nariz es más bonita que tú.

--¿Hasta cuándo vas a repetir esa insensatez? ¿No se te ocurre otra cosa?

--Es que es muy bonita tu nariz...

--Basta. Basta... Vas a terminar con mis nervios...

El gran refugio de Margarita era el cuarto de planchar, donde su niñera, Asunción --Sunta la gallega--, batallaba ahora con prolijas lencerías, introduciendo con eficacia la plancha entre los ángulos de los bordados, asomando por una comisura de la boca la punta de la lengua martirizada en el esfuerzo. Dejaba el trabajo al ver a la niña, preguntando con indignación apenas reprimida:

--¿Qué te pasa? ¿Te han reñido?

--No, no me riñó nadie. --Sin prisa se acomodaba en un banquito--. ¿Por qué iban a reñirme?

--Claro, lo mismo digo yo. ¿Por qué iban a reñirte? --pero tornaba a los corruscantes volados que el almidón volvía marmóreos, con un, suspiro, porque, ¡claro!, reñirla no la reñían, pero todas "ésas" no hacían otra cosa que espantarla como si fuera una mosca inoportuna.

La observaba de reojo. Parecía estar en otro mundo, rodeada de silencio, con los ojos tan grandes, tan negros, sin saberse hacia dónde miraban. Asunción podía ignorarla mientras permaneciera así, quietita, fijas las pupilas, pensando en esas cosas tan raras de las narices. Porque la niña era rara. ¡Vaya si lo era! Aún queriéndola mucho y sin maldad alguna, tenía que reconocerlo. Con- razón la gente decía esto y lo otro y lo de más allá. ¡Claro que boba no era! ¡Qué iba a ser boba!... Pero lo que es rara, eso sí.

Podía ignorar que Margarita estaba allí, sentada, hasta que sus ojos de pronto se fijaban en ella, en Asunción, desasosegándola al extremo de hacerla perder toda medida, dando tirones que no debía a los voladitos o llevando inútilmente la plancha hasta la cara para cerciorarse de su eficaz temperatura. Preguntaba, al fin, tratando de no dejarse ganar por la impaciencia:

--Bueno, ¿qué hay?, ¿por qué me miras tanto? ¿Vas a preguntarme algo de mis narices?

La niña decía, sin inmutarse:

--¿Dios tiene narices?

--¡Neña!... --exclamaba Sunta, escandalizada.

--¿Tiene narices Dios?--insistía.

--Neña..., pues, tenerlas, ¡claro que las tiene! --contestaba de pronto, iluminada por remotas palabras que llegaban a su memoria desde la polvorienta sacristía donde repasaba en coro su lección de catecismo--. Como que Él nos hizo a su imagen y semejanza. Si tenemos narices, es porque Él las tiene. ¿Estamos?

Pero "no estaban". Ella misma dudaba, temerosa de que aquello no fuera una irreverencia, acaso una blasfemia. Podía imaginar los ojos terribles de Dios y su boca misericordiosa; pero las narices... Las narices eran tan --¿cómo se diría?--, tan poco propias de Dios. ¡Al diacho con la criatura que la metía a una en aquellos aprietos!...

--Quisiera verle las narices a Dios... Pero a Él mismo. No a esos cuadros en que dicen que está Él. Y que no es cierto, porque nadie le ha hecho un retrato a Dios, al verdadero que está en los cielos --hablaba con una voz sin sobresaltos, fluyente como un cauce melodioso, tranquila la expresión, abismados los ojos en esos ámbitos celestes que ansiaba conocer.

--¡Neña! ¡La mi neña! ¡Que dices unas cosas que huelen a azufre y chamusquina!

--Quisiera ver a Dios, verle el perfil --proseguía la voz tranquila hablando para sí sola.

--¡Faltaba más que esto! ¿Quieres callarte? ¿No quieres jugar? ¿Es que no puedes hacer lo que hacen los otros chicos? --y se quedaba transida de pena al verla ponerse de pie despacito, e irse quedo, sin apuros, tan fina como irreal--. ¡Es para enloquecer! ¡Ay la mi madre! ¡Qué neñuca más rara! --y por largo rato se quedaba con los puños apoyados sobre las caderas, dura sobre las firmes piernas hechas para resistir siegas y galernas, pinas laderas y el "a lo alto y a lo bajo" de los regocijos romeriles. Hasta que tornaba a su trabajo murmurando rabiosamente--: ¡Que sea lo que sea!

Los otros niños... Margarita pensaba en cómo serían los otros niños, esos que le ponían siempre de ejemplo. Tratava de acercárseles, de interesarse en sus juegos pero en seguida comprobaba con angustia su imposibilidad de ser como ellos. La llevaban a casa de amigas de mamá o de tía Elena, donde la esperaba el enjambre bullicioso; traían a su casa bandadas de niños que se enloquecían con sus juguetes, con las golosinas puestas al alcance de su gula en el comedor resplandeciente como un paraíso. Buscaron una niñita mayor que ella, a quien explicaron cómo debía conquistar su confianza; trajeron una criatura menor que ella, una suerte de muñeca adorable, que tampoco logró cautivarla.

--¿Por qué no quieres a los niños? --interrogaba la madre.

--Porque no tienen narices...

--¿Que no tienen narices? ¿Pero tú estás loca? ¿Oyen ustedes esto? ¿Así que los niños no tienen narices?

--No. Tienen nada más que un pedacito de nariz que no me gusta.

--¿Qué es lo que te gusta, entonces?

--Las narices. Las de la gente grande; ésas ya están hechas; son todas distintas y me gusta saber cómo son...

--¡Jesús y qué disparates! Pero ¿y por qué te gustan?

--Porque las narices siempre dicen la verdad. No saben hacer guiños, como los ojos, ni sonreír, como la boca., Cuando toda la cara dice mentiras, sólo la nariz se porta bien y dice lo que siente.

--¡Dios mío! Y fuera de las narices dichosas, ¿no te gusta otra cosa? ¿No quieres algo?

--No, mamá.

--Habría que mandarla al colegio --intervenía con aire magistral tía Elena, para añadir--: Hace tiempo que lo estoy diciendo: hay que mandarla al colegio para que se le vayan todas esas tonterías de la cabeza.

--¿Quieres una muñeca nueva? --seducía la madre--. ¿O un trineo?

--No, gracias, no quiero nada.

--¡Ay, ya sé! --y anticipándose al presunto deseo--:¿Quieres un perrito blanco, peludito, un perrito chiquito?

Movía negativamente la cabeza, sonriendo, enigmática.

--No quiero un perrito. No quiero nada.

Era la neña rara que decía Sunta. Le gustaba estar sola. O mirar fijamente a cada cual. Solía decir algo insólito sobre las narices.

Triunfó finalmente el parecer de tía Elena. La mandaron al colegio. Resultó una alumna discreta, pero seguía aislada y silente. Continuaba siendo el eje de la vida familiar y el tema exasperado de las mujeres. Hasta el padre dejaba de lado momentáneamente las preocupaciones de los negocios para preguntar con una voz de lisura, sin apuros, prodigiosamente parecida a la de la niña:

--¿Es que ustedes tampoco pueden hablar de otra cosa?

--¡Como tú vives metido en tu escritorio y el resto del mundo no te importa! --exclamaba la madre, hallando desahogo a viejos resentimientos.

Se vivía entre destemplados diálogos y peligrosos pozos de silencio. Margarita sentía un desasosiego creciente, porque habían terminado por despertarle la conciencia de su rareza. Vivía espiándose a sí misma, tratando de semejarse a los otros niños, ceñida a las formas más insípidas de las buenas maneras, con una expresión mineral en los ojos que rechazaba toda intrusión, cuidando las palabras, eludiendo las observaciones que de alguna manera indirecta pudieran referirse a las narices. Pero era inútil. Las mujeres aguzaban sus suspicacias frente a ella.

--¿Por qué no me dices que mi nariz es más bonita que yo? Si te veo en los ojos que lo estás pensando --decía exasperada la madre.

--Hace tiempo que lo estoy repitiendo: ahora se hace la víctima... --continuaba tía Elena.

--Neña, la mi neña..., anda..., desahógate... Di algo de mis narices. Ya sabes que a mí, ¡maldito si me importa!... --y Sunta, como otrora, la envolvía en su inútil ternura.

Un día el padre la halló llorando en un ángulo del salón, mientras estallaban los cohetes entre las unánimes carcajadas de la fiesta infantil.

La alzó en sus brazos y se fue con ella a su escritorio. Por largo rato permaneció sentado, frente al hogar, meciendo suavemente a la niña entre sus brazos, mientras el hielo del silencio parecía licuarse en las lágrimas copiosas.

La sentía tan liviana, patética en la compostura que aun en su desolación trataba de guardar.

--No se lo digas a nadie... Por favor, papá... No se lo digas..., que no sepan que he llorado...; pero es que no puedo más..., no sé qué hacer..., todo les parece mal...

La acunaba sin palabras, temiendo entorpecer el fluir del río oscuro de su confidencia.

---a los niños también les parezco mal..., se ríen de mí..., dicen que soy rara... --y con una voz blanca por la desesperación de lo que consideraba como una vergüenza--: Es por lo de las narices, ¿sabes?... Pero no soy mala, papá, puedes creerlo..., no soy mala...

Seguía meciéndola enternecido, ganado por la súbita conciencia de su responsabilidad, trazándose una conducta para el futuro. La niña se dejaba hacer, entre suspiros, repitiendo las mismas palabras mojadas de lágrimas, ganada por la certeza de ese maravilloso refugio que se le aparecía de pronto, adormecida por una especie de bienaventuranza, relegado ya su dolor a los lindes del recuerdo, sintiendo con el instinto que afinara el sufrimiento que una fuerza todopoderosa empezaba a crear a su alrededor una zona de paz invulnerable.

Al día siguiente la casa se convulsionó de sorpresa ante la inesperada partida del padre acompañado por Margarita. Iban hacia las propiedades que lindaban con la cordillera, junto a la órbita de un lago; a la casa de troncos con techo de rojas tejuelas que se destacaba en una puntilla sobre el verdor del césped, entre los cielos avellonados por morosas nubes y el agua mansa duplicando la callada belleza de ese azul y de ese blanco. Detrás estaban los cerros apretados de árboles; otros cerros se escalonaban en seguida, con igual verdor en la crespada marea de las copas, y luego, decididos, desnudos de todo verdor -última certidumbre detrás de las apariencias-, surgían los volcanes, con las cimas deslumbrantes de nieve, para terminar con la soñadora afirmación de su penacho de humo.

Margarita tenía la impresión de inaugurar un planeta, de estar en medio de un mundo prodigiosamente antiguo, aún no visto por ojos humanos. El padre le dijo apenas llegados a la casa:

--Arréglatelas como puedas. Yo tengo mucho que hacer en el campo con el administrador. Si necesitas algo, se lo pides a doña Damiana.

Doña Damiana era casi una ausencia, sin más atadero a lo cierto que su eterna sonrisa. El resto de la servidumbre aparecía con silente eficacia y desaparecía, con esa especie de cautelosa domesticidad de las gentes montañosas.

La niña pasaba la mayor parte de su tiempo --¡y qué suyo lo sentía!--junto a la chimenea, sentada en una actitud impecable que hubiera merecido hasta el visto bueno de tía María Elena, esperando no sabía qué, vagamente inquieta. Podía estar sola, podía estar en silencio, era la dueña absoluta de sus actos. Hasta podía no hacer cosa alguna. Pero no estaba preparada para tanta felicidad y no sabía qué hacer con esa inesperada riqueza.

¡Qué lejos la estridencia ciudadana, la necesidad de adoptar actitudes, de responder a mortificantes inquisiciones!

El reloj era el corazón de la casa, y desde sus complicadas tallas, el cucú anunciaba con infantil algarabía el paso del tiempo... Afuera solía oírse el ladrido de un perro que señalaba una presencia inesperada; o el relincho de un caballo tendido hacia la querencia, o el barullo de las cachañas detenidas por la curiosidad en su vuelo.

A veces, adelgazado por la distancia y obligando a un esfuerzo para percibirlo bien, se escuchaba el tañido de una campana que colmaba con su levedad la comba del cielo. El piso crujía, insinuando viejas confidencias imposibles, e inesperadamente un leño iracundo improvisaba una pirotecnia de chispas en el cálido regazo de la chimenea.

Margarita esperaba. ¿Qué? La voz de la madre dando una orden, los ojos fiscales de tía María Elena, la abuela con sus promesas a ras de labios, las impertinencias de las otras niñas, Sunta con la seguridad de su amparo. Tal vez nada. Sí. Terminó por no esperar nada.

El cucú aseguraba bullanguero la increíble noticia de que había pasado otra media hora, y al cerrarse las portezuelas minúsculas volvía el silencio, haciendo posible el tránsito de los pequeños rumores.

En aquella esquina final de su infancia, Margarita sentía la feliz certidumbre de que algo en su vida cambiaba definitivamente.

Un poco de soslayo, el padre se limitaba a inquirir a las horas de comida:

--¿Estás bien? ¿No necesitas nada?

--Nada, gracias.

El administrador, doblemente obeso, de kilos y labia, entre bocado y bocado comentaba embobado:

--¡Cómo crecen los niños! ¡Hay que ver!...

Pero el padre estaba al quite para defenderla de preguntas, desviando de inmediato la atención hacia problemas campesinos.

Doña Damiana, con la terneza que parecía fluir tangible de su figura hecha de roble, veteada de años y ancestrales sabidurías, osaba proponer humilde:

--¿No quiere nada la niña? Le podíamos ensillar un caballito O si es gusto salir en el bote chico, para dar una vueltita por el lago.

Margarita no quería nada. Pero ya no se quedaba inmóvil junto al fuego.

Miraba a través de las grandes puertas-ventanas el paisaje frontero a la casa. Después se aventuraba hacia la terraza y bajaba por el escalonado camino hasta el embarcadero. Cada uno de estos avances significaba una larga reflexión, un decirse-y asegurarse a sí misma que nadie iba a impedirselo, ni a reprochárselo siquiera. Entre cada uno de sus pasos había siempre una pausa, durante la cual, con la cabeza ladeada y el oído alerta, parecía esperar las voces temidas, las admonitorias palabras.

Sólo había quietud a su alrededor, y en esa quietud pasaban los rumores apenas insinuados por la realidad que junto a ella también se deslizaban en puntillas.

Se sentaba en el banco del embarcadero. Pensaba: "Esto es lo que yo quería, sí, esto. Estar sola, no hablar". Miraba el lago, la superficie que copiaba en su espejo el cielo y el silencio. Su tersura se subrayaba con el tenue rizo de una onda temblorosamente acariciando las espadañas de la ribera.

Un pez fijaba en el aire su fugitiva puñalada de plata. Unos patos salvajes con sus graznidos ponían una síncopa en aquella armonía. Con el mismo lento ritmo con que ondeaban las aguas, el aire esparcía el perfume de las resinas de los pinares, de los canelos desollados, del fino y fresco césped, del ceremonioso incienso de los malvones estallando en manabas escarlatas, de los lirios procesionales con sus áureas tocas monjiles.

Margarita empezaba a sentir el goce de separar los rumores, de individualizar los perfumes, de distinguir el silencio que sucede a la algarabía de las cachañas del que prolonga el llamado de la capillita distante.

Empezaba también a dejarse conquistar por la mansa caricia de los ojos color de miel del cachorro que encontrara una mañana, empeñado en seguirla, husmeando ruidosamente su rastro, con las fuertes patas aún apresadas en la felpa de una torpeza pueril que lo desequilibraba ridículamente al pretender seguirla trotando, para terminar con las orejas a ras de tierra, todo él transido de súbito amor hacia ella, y sin saber en su apasionado y azorado corazón de perro cómo demostrárselo.

Margarita lo miraba de reojo, desconfiadamente. La verdad era que le teñíamiedo, un miedo que la humillaba porque lo comprendía sin sentido. Trataba de desentenderse de su compañía, de no mirarlo, pero cada vez la preocupaba más esa tozuda presencia. El perro la esperaba inopinadamente en cualquier recodo, e iba tras ella, adelantándola luego, deshaciendo camino en festivas cabriolas, en saltos de blando algodón, insinuando inquietantes aproximaciones. Parecía sentir con su seguro instinto que aún no había llegado la hora de la amistad y procuraba adelantarla saliendo a su- encuentro. Y tanto hizo, que la hora llegó. Margarita terminó por mirarlo, por tender una mano tímida hacia una cabeza más tímida aún y que se humilló bajo el peso de tanta dicha. Y una pequeña voz sonó incierta.

--Eres un perrito feo..., feo..., feo.

El perro se deshizo de felicidad, arrastrándose, gimiendo, con los ojos mirándola humanizados. Se fue acercando a esa mano. La niña se atrevió a ensayar una caricia sobre la frente rugosa. Los ojos del animal se entrecerraron en la plenitud del gozo. Ya tenía un nombre: "Feo". Y tras el nombre, una amiga.

Salían por los alrededores. Iban por el borde del lago en interminables caminatas que cada vez los unían más al internarlos con un alegre espíritu de conquista por matorrales, bosques y cerros.

El perro iba adelante, rastreando imaginarias liebres, muertas hacía siglos por los ilustres antepasados de su estirpe de cazadores. A veces paraba tembloroso, como clavado en el suelo, la cola rígida, y Margarita sabía que de alguna parte partiría la zumbante flecha de una perdiz despavorida. El perro se volvía entonces a mirarla con una perplejidad desmedida hacia su ídolo incomprensible que no

respondía al instinto con el instinto, y la niña se reía acercándose a él, rascándole en compensación las sedosas orejas, entablando uno de esos diálogos tan comunes ahora entre ellos, mezcla de abrazos y zarandeos, monosílabos, tiernas onomatopeyas por un lado, y gruñidos y ladridos por otro.

Bordeaban el lago. La niña se detuvo, acercando el rostro al tronco frío de un arrayán, deleitosamente recibiendo en su piel ese frescor. El perro escarbaba con ahínco por ahí cerca.

Largo rato duró el afanado pujar del animal, que parecía azuzarse, a sí mismo con ladridos entrecortados. Hasta que desenterró un trozo de madera que llevó triunfante a Margarita. Era un leño retorcido, pulimentado por la intemperie, patinado por las largas lluvias del sur y la humedad del suelo.

Una extraña forma alucinante, que pugnaba por expresar algo.

Margarita lo tomó con recelo, porque parecía estar vivo, lleno de malignidad vital. Lentamente lo hizo girar en el aire. Y de súbito algo la deslumbró: allí, en esa forma de enérgico perfil, que de pronto revenía sobre sí misma, descubrió una nariz... De pronto pensó que hacía mucho tiempo que no pensaba en las narices... Pero aquello en verdad no era pensar: allí estaba en sus manos, inesperada, salida de la tierra, evidente.

La rama en el aire, a contraluz, era igual a la nariz de su padre. Idéntica. Comprendió que la nariz no bastaba: ¡si pudiera completar todo rostro!

--¡Busca!... ¡Busca! --ordenó al perro, como si del instinto del animal dependiera su existencia.

Buscaron los dos. Buscaron todo ese día, todo el siguiente: troncos, pedazos de raíces engrifadas como si defendieran su identidad contra toda ajena suposición de forma; piedras, cerradas en su mudez de siglos, a las que era preciso golpear, manosear para que adquirieran sentido y "dijesen" algo. En informe montón fue arrinconando en la casa aquellos dispares materiales.

--No me toque estas ramas ni estos cascotes, doña Damiana. ¡Que nadie me los vaya a botar!

La vieja miraba, con ojos igualmente maravillados en su comprensiva ignorancia que los del perro, el desconcertante capricho de la niña, quien parecían ser un tesoro todas aquellas basuras. Con idéntica obediencia, respondió al pedido de Margarita, que seguía diciendo:

--Déme un martillo y cola para pegar, y clavos y alambre que no sea muy grueso y un, un ..., ¿cómo se llama? Una de esas tijeras para cortar alambres.

El padre la halló sentada en el suelo, indescritiblemente sucia, con el perro al frente despatarrado en su cuarto trasero, cabeceando somnolento. Una larga rasmilladura serpeaba por una de las piernas de Margarita. Un trozo de lienzo atado a uno de sus dedos mostraba huellas de sangre. Con mueca voluntariosa endurecía la boca y en sus ojos esplendía la fiebre de trabajo, mientras las manos autoritarias manejaban y vencían la tenaz oposición de la larga liana de un alambre, fijando una rama con otra, una raíz a una piedra.

Al ver de pronto al padre, mostró triunfalmente su obra.

--No dirás que no es tu retrato...

La intención de una sonrisa que se aprestaba a juzgar un juego de niñas fue desvaneciéndose al contemplar aquel inesperado y heteróclito conjunto.

--A ver, a ver...

La niña puesta de pie, echando atrás la cabeza y entrecerrando los párpados, con el gesto del que necesita abarcar un conjunto, miraba su obra. El padre la atrajo tiernamente a su lado, sin quitar los ojos del amasijo de donde surgía evidente, aun de sus errores, el resplandor de un sentido. Una tensión, una fatiga que no era producto de sus afanes del día, se desvanecía en él súbitamente. ¡Al fin! ¡Y qué sencillo y natural era todo! ¡Y qué hermosamente terrible sería todo en adelante!

--¿No hallas que se te parece?

--Si hasta me da un poquito de susto...

--Ya verás cuando esté terminado. Aún le falta trabajo... Pero me tienes que comprar muchas cosas. Herramientas. Una caja. Y otros alambres que no sean tan duros. Te voy a hacer una lista para que no olvides nada.

--El administrador puede prestarte algunas.

--No, no. Yo quiero que mis herramientas sean mías.

"Yo quiero." Ciegamente, desde siempre, había pujado aquella voluntad que al fin irrumpía lúcida. Sí, era realmente maravilloso percibir de pronto el sentido oculto que allí se manifestaba.

--Ahora ya sé por qué me gustaban las narices...

Lo miraba, miraba su nariz, sonriente, maliciosa, tierna y adorable. También lo sabía ahora el padre. Era como si deletreara símbolos sin sentido. Que Margarita aprendería a leerlos. A leerlos de corrido. Y a escribir en ese idioma. La niña continuó con la misma mezcla de expresiones:

--¡Lo que tendremos que pelear con "ellas"! Porque no "les" va a gustar nada que yo haga estas cosas. Pero "nos" defenderemos, ¿no es cierto?

--Nos defenderemos --afirmó suavemente el padre, tendiendo hacia ella una mano, como quien continúa un juego.

Pero no era a la niña, era a sí mismo a quien se prometía la custodia de esa pequeña llama surgida mágicamente entre leños y pedruscos.

FÍN

BRUNET, Marta. La nariz. Otros cuentos. Obras completas de Marta Brunet. Santiago, Zig-Zag, 1962. Pp.264-274.

TIERRA BRAVIA

(Primer Premio en el concurso de "El Mercurio", de Santiago de Chile. Año 1929.)

Por la ventanita cuadrículada de vidrios diminutos, Juan Antonio echó una mirada indagadora al interior del despacho. No había nadie. Entonces entró, andando en puntillas, sonriente y emocionado, perdiendo a cada paso el equilibrio, que el equipaje en sus manos era pesada carga de kilos.

Cuando se acercaba al mostrador --dirigiéndose a la puerta que detrás comunicaba con el resto de la casa--, un perro blanco y café, un *fox-terrier* que dormitaba en un rincón, alzó la cabeza, dando un largo ladrido, sin moverse de su sitio, pero vigilando atentamente con los ojillos vivaces al recién venido.

--Ya voy --dijo adentro una voz desafinada de niña.

Juan Antonio miró con rencor al perro, puso el equipaje sobre el mostrador y aguardó, con la emoción golpeteándole reciamente el pecho.

Apareció en el vano de la puerta una jovencita que se detuvo acabando de trenzarse el pelo, con una cinta entre los dientes, entornados los ojos atentos a la obra de los dedos. Llegada al fin de la crencha castaño dorada, la ató con la cinta en lazo prolijo y, con un movimiento del busto que hizo diseñarse los

pequeños senos adolescentes, echó la trenza a la espalda. Y entonces miró al recién llegado:

--Mariquita --dijo Juan Antonio saliendo de su asombro.

La tenía fija en el recuerdo tal cual la dejara ocho años antes, niña, y sin darse cuenta del tiempo transcurrido, esperaba absurdamente encontrarla igual. A pesar de la transformación, reconoció en seguida los grandes ojos café oscuro que a la distancia parecían negros, la naricilla respingona y la boca de cereza madura. Era el óvalo de la cara el que había cambiado, alargándose, definiéndose; era la expresión que tenía ahora una gravedad extraña, algo inquieto y enternecedor; era el cuerpo alto, vigoroso.

Se miraban: Juan Antonio estupefacto y encantado; Mariquita sorprendida y dudosa:

--Mariquita --dijo el joven--, ¿no me conoces?

--Usted..., usted es Juan Antonio...

Pero llegaba una mujer cincuentona, maciza, morena, con la cabeza demasiado chica, desproporcionada al resto del cuerpo. Los ojos redondeados, vivísimos, parecían cuentas de azabache; la nariz era chata, y la boca de labios delgados tenía color y frescura de juventud. El conjunto era feo, pero de extraordinaria simpatía.

--¡Mi hijo! --y abrió los brazos.

--Mamita... Mamita... --La besaba, abrazándola, sin atinar con otra palabra en su contento--. Mamita... Mamita...

La mujer se echó a llorar, con la cabeza hundida en el pecho del hijo. Peto tenía las sensaciones rápidamente dominadas por su gran carácter. Un momento después lo miraba casi tranquila, llena de preguntas y atenciones y mandados, que así era: inquisidora, bondadosa, dominante.

--¿Por qué no avisaste? No te esperábamos tan luego.

--Es que quería darles la sorpresa.

--¿Te viniste en el tren mixto?

--Sí, mamita.

--Estás más gordo. ¿Trajiste ropa de abrigo? No te vayas a enfermar, el clima aquí es muy traicionero.

--Traigo de todo.

--¿Cómo quedó la Rosa y el compadre?

--Muy bien. Muchos saludos le mandaron y unas cositas que vienen en el canasto.

--Vaya. Muchas gracias. ¿Almorzaste?

--Sí, mamita. ¿Y el taita?

--Por ahí andará... --Un amargor le desplomó las comisuras de la boca. Sacudió la cabeza como para espantar las moscas negras de una pena y volvió a sus preguntas rápidas:

--¿Traes bastante permiso?

--Veinte días. Fue imposible conseguir más.

--En fin: paciencia. Pero no nos estemos aquí como palos parados. Vamos para el comedor. ¿Tienes sed? Hay cerveza y Bilz, trae tus cosas. ¡Mariquitaa!... --gritó.

Y la jovencita, que estaba detrás de ella arrimada al mostrador, sorbiendo la escena, contestó cantarínamente, agudizando los finales:

--Mande, mamita Juliana.

--¡Bah! ¿Estabas ahí? Ven, pues, ven a saludar a Juan Antonio, a mi hijo, a mi hijo querido. ¿Te acordabas de ella? Está muy crecida. ¿Qué hubo, niña? Saluda. Esta chicuela a veces parece lesa.

--Tú..., usted..., bueno: ¿tú te acordabas de mí? Yo te conocí al tiro --dijo Juan Antonio.

--Sí, también lo conocí, pero no tan luego, después...

Se dieron la mano, cohibidos, sin saber renovar su fraternidad de antes.

--Miren los tontos. Desen un abrazo. ¡Por algo son como hermanos!

--Pero... --y Juan Antonio no hizo un movimiento, paralizado por una timidez invencible.

Mariquita lo miraba por entre las pestañas, esperando que hiciera un leve gesto de avance para huir despavorida, que súbitamente pensó que un abrazo de ese desconocido que tan poco tenía del Juan Antonio que ella recordaba, sería algo tan espantoso como un cataclismo.

La madre dijo riendo:

--¡Bueno el par de desabridos! En fin: dejarlos... Mariquita, trae una botella de cerveza. ¿O quieres Bilz?

Cuando la posibilidad del abrazo desapareció, Juan Antonio y Mariquita se sintieron livianos y alegres, y se miraron, larga y curiosamente.

--¿Qué quieres? --insistió la madre.

--¿No hay harina? Preferiría tomar agua con harina.

--Anda a moler en un volando y tú trae para acá tus cosas. Ahí se te quedan los diarios. Si viene gente, el perro avisa.

--¿Y el "Sultán"? ¿Todavía vive?

--Se murió. Este de ahora es muy habiloso. Se llama "Leal". Con la Mariquita hacen muy buenas migas.

Atravesaron un pasillo al cual abrían varias puertas. Al fondo, todo el largo de la casa lo ocupaba una galería que servía de comedor y de salita. En un extremo quedaban la mesa y un pequeño aparador, en el otro unos muebles de junco, la máquina de coser y el telar indígena con un choapino empezado. En el zócalo de madera, en la galería propiamente tal, una repisa se adornaba con macetas floridas. Una gran jaula con divisiones albergaba una colonia de pájaros inquietos y trinitores. Había varios cuadros, el retrato iluminado del Presidente Alessandri, una consola con figurillas de loza, mesitas, lanas y choapinos y flores por todas partes. Un interior modesto, pero extraordinariamente pulcro y agradable:

--Deja aquí tus cosas. Después te arreglaremos tu pieza. Está lo mismo que cuando te fuiste; lo único distinto es que le hice quitar el papel, por la humedad, y se forró con listones, así como éstos, aceitados después. ¡Es terrible la humedad en este pueblo! Yo cada día siento las piernas más reumáticas.

--¡Qué alegre se ve la galería! Parece que antes no era así. ¿Es que hay más luz?

--Está lo mismo. Fuera del hule de la mesa, que es nuevo, y de los muebles de mimbre, que se los compré a los gringos de Los Pellines cuando remataron la casa del fundo, todito lo demás está idéntico.

--Pero antes no había plantas, ni flores, ni pájaros.

--Esas son cosas de la Mariquita. No piensa nada más que en eso. Todos los cajones vacíos los hace almácigos; todos los tiestos los arregla de floreros y cuanto pájaro pilla lo mete en la jaula. Antes vivía como cabra loca corriendo por la montaña: ahora no la dejo. Está siempre a mi lado, sí, siempre... Es muy buena esta chiquilla, tan trabajadora, tan formal, tan cariñosa. ¡Pobrecita! ¡Ay, Señorito querido! --y nuevamente la boca de la mujer se desplomó de amargura.

--¡Con qué cara más triste celebra a la Mariquita!

--Pobrecita...

--Pobrecita; ¿por qué?

--Por nada. Ideas.

Hubo un silencio. De afuera --del pequeñito edificio aislado que era la-cocina-- llegaba el girar del molinillo deshaciendo el trigo tostado. En la jaula un chincol dijo una frase de sílabas trinadas, una pregunta que tembló largamente en la quietud.

--¿Y el taita? ¿Dónde anda?

--No sé --contestó rápida la madre, y luego, recelosa, mirándole bien a los ojos--: ¿Por qué lo preguntas?

--Por saber --lo dijo sosegadamente, con una especie de indiferencia.

--¡Ah! --y tranquilizada de una inquietud, explicó con amargura: --Estará en la cocinaria o donde la Micaela, jugando, emborrachándose o remoliendo. No hace otra cosa.

--¿No viene para acá?

--Demasiado, desgraciadamente.

A Juan Antonio no le chocó la frase.

Casada por cariño y contra la voluntad de sus padres con el telegrafista recién llegado a la estación, Juliana Silva pudo luego darse cuenta de que todo lo malo que le dijeran de Abdón Vásquez era verdad. A los dos años de casada la ruptura era definitiva. Pero el calvario de esa desilusión sólo ella lo sabía, que, reconcentrada en su fortaleza, nunca se confió a nadie. El hombre jugaba y se emborrachaba. Esto, fuera de los enredos con mujeres. Era un ser extraño, de egoísmo e hipocresía. Servía bien su puesto. La pequeña estación de ramal tenía sólo movimiento diurno. A las ocho de la mañana, puntualmente, sin otro síntoma de excesos que la nariz enrojecida y los ojos lacrimosos en las cuencas hondas, Abdón Vásquez estaba en la oficina. Volvía para almorzar a la pieza en que vivía pobremente con Juliana y ya había sufrido para la mujer oyéndolo quejarse:

--Para comer estas porquerías me casé yo. ¡Hasta cuándo irá a vivir tu cochino de padre! ¿No hay vino? ¡Ah!...

Y seguía la cantinela amargadora, porque los padres de Juliana, poseedores de un despacho en el pueblo y de una hijuela cercana, disgustados con la hija por su matrimonio, no la veían siquiera y menos la ayudaban a vivir. Y era claro que Abdón Vásquez apenas tenía con el sueldo para satisfacer sus vicios. Y Juliana, al poco de casarse, tuvo que coser para poder mantenerse, que el hombre no sólo no le daba dinero, sino que exigía buen albergue, buena pitanza, buena vestimenta.

Por más que hizo Abdón Vásquez no consiguió reconciliar a la mujer con sus padres ni menos reconciliarse él. Y cada vez más cínico, acabó por perder el buen comportamiento en la oficina y quedar cesante, que lo despidieron, y entonces empezó para la mujer la peor de las épocas con el hombre escandalizando el día entero, borracho y lleno de deudas. Hasta que un día desapareció misteriosamente, dejando a Juliana con el niño pequeño, la vergüenza del recuerdo, el peso de las deudas y la amargura de su vida rota.

La recogieron sus padres.

Poco después el viudo de su hermana menor moría y Mariquita llegaba a refugiar su infancia en casa de los abuelos.

Así, Juan Antonio y ella crecieron como hermanos.

Y los años al pasar se llevaron a la abuela y después al abuelo y quedaron solos Juliana y los niños a cargo y propiedad del despacho. La hijuela la heredó la hermana mayor, casada con un empleado en las salitreras nortinas.

Ya muchacho Juan Antonio, el tío y padrino quiso llevárselo a la pampa, que los sueldos eran tentadores en esa época de auge salitrero. Allá podía formarse una buena situación. La madre lo dejó irse, ansiando para Juan Antonio mayor horizonte, otro porvenir más holgado. Quisieron que ella se fuera también, pero se negó, apegada al terruño firmemente.

La vida transcurría tranquila cuando apareció Abdón Vásquez hecho una miseria física y moral. No pedía

sino que lo recibieran, que le dieran de comer. Era un perro vagabundo implorando una piltrafa. ¿Qué hacerle? Juliana lo recibió.

Al principio todo marchó bien. Limpio, remozado y humilde, Abdón Vásquez se levantaba temprano --le habían arreglado una pieza al lado de la bodega, en el fondo del sitio--, desayunaba en la cocina y se marchaba a la calle para volver a la hora de almuerzo. Se iba nuevamente, apareciendo a la hora de comer, algo alegre, pero sin llegar nunca a la franca borrachera. Comía y se acostaba.

Pero empezó a cobrar confianza. Quiso una pieza en la casa. Pidió dinero. Llegaba borracho. Formaba escándalos. Y para Juliana y Mariquita empezó una vida de sobresaltos, de vergüenzas y de sufrimientos.

Entonces Juliana le escribió al hijo que viniera.

Por eso a Juan Antonio no le chocó la frase. ¡Pobre mamita! Cuando ella, tan reconcentrada, dio el grito de auxilio que era su última carta, tenía que ser porque la situación se hacía intolerable. Y queriendo ver a Abdón Vásquez e imponérsele, temía ese momento Juan Antonio, que al fin dentro de él, contra la realidad y contra su voluntad, existía una idea de padre a quien querer y respetar, una sombra que le era grata y que pronto debía morir a manos del propio padre.

Llegaba Mariquita trayendo en una bandeja el tarro con la harina y una botella con agua, esa agua de fuente montañesa, tan helada que empaña el recipiente.

Allegó una mesita a Juan Antonio, puso la bandeja encima, fue al aparadoren busca de una cuchara, un vaso y el azucarero, y al fin dijo:

--Sírvase.

--Muchas gracias.

El recuerdo molesto del padre se había alejado. Miraba a Mariquita pensando en que sería bueno recordarle la infancia correteando juntos por las montañas, las travesuras que disimulara para cargar sólo él con el castigo, las idas a la escuela con más deseos de holganza que de llegar a tiempo a clase, las tareas hechas en compañía, que si ella tenía facilidad para aprender la historia, la geografía y el castellano, nunca atinaba con los problemas de aritmética, de lo que sufrió al saber que iban a separarse, de la tristeza en un hogar extraño, en la desolación del paisaje pampino, de la alegría que eran sus cartas de cariñosa confianza, de su ansia por volver a verla. ¿Por qué no decirle todo eso?

La observaba a hurtadillas. Estaba de pie junto a la mesa, con los ojos entornados, muy negros entre las pestañas extraordinariamente tupidas y largas y crespas. Sobre el labio, un poco hacia lamejilla, un lunar era una pinta tentadora. Llamaba un beso, Juan Antonio no recordaba habérselo visto.

--¡Qué callados estamos! --dijo la madre--. Cuenta algo de mi hermana, ¿cómo está?

--Muy bien, da gusto verla con tanto hijo grande y ella tan joven, que parece la mayor de todos. Hace poco le pasó...

Y siguió contando, sin dejar de darle sus miradas al lunar de Mariquita, subiendo a veces la mirada del lunar a las pupilas oscuras, atraído y rechazado por esa juventud tan distinta y tan igual a la niñez que él dejara.

Acababan de comer cuando apareció Abdón Vásquez por la puerta de la galería. Venía de mal talante y a media borrachera.

Juliana echó una mirada de angustia al hijo. Parecía pedirle perdón por haberle dado aquel padre. Juan

Antonio lo observaba atónito: por mucha ruina que esperara, no alcanzó a figurarse ésta.

El hombre venía en camisa, rotosa y manchada de vino; con el pantalón caído por las caderas, abolsado en el trasero y en las rodillas; a medio atar la faja, calzando un zapato y una ojota. La cara se perdía entre las barbas y los pelos revueltos. Asomaba la nariz, granujenta y rojiza, y los ojos de alegría borracha, de estupidez o de cinismo. Hedía. Andaba de medio lado, tambaleándose, deteniéndose, manoteando como si apartara algo frente a los ojos, hablando consigo mismo, con los presentes, con otros seres imaginarios.

--Coman no más. Claro, ¿no te decía yo? A ti no te toman en cuenta, ¿para qué? Come la señora, come la señorita, come el mozo, come el quiltro. Pero el caballero de la casa no come. ¿Ah? Mire, señor: le ruego que no me moleste..., ya hace rato que se lo estoy diciendo...; no friegue más... ¿Ah? Buenas noches, Mariquita...; buenas noches, m'hijita linda...; bue... No moleste, le vuelvo a decir... ¿Ah?

Había descubierto a Juan Antonio y lo miraba de hito en hito. Juliana dijo, como si las palabras le escaldaran los labios:

--Mire, Abdón, éste es Juan Antonio.

El hombre no entendió. Apartando la vista de Juan Antonio, volvió a hablar sin ilusión:

--¿Ah? ¿Qué dice?... Yo llego a la hora que quiero. Por algo soy el caballero de la casa..., sí, de la casa... ¿Ah?... El patrón, el dueño... ¿Ah?... Mire, no vuelva a molestar... Oiga, Juliana, dígame que no me moleste... Yo llego a la hora que quiero... ¡Miren el mozo de porquería intruso!... ¿Ah?...

De unos pasos seguidos llegó hasta la mesa, yéndose de bruces sobre ella. Juan Antonio se había puesto en pie, con la intención de saludarlo. Un rechazo que casi era asco lo inmovilizaba.

--Mire, oiga --Juliana le hablaba a gritos--, llegó Juan Antonio, aquí está.

--¿Ah? ¿Juan Antonio? ¿Quién es Juan Antonio?

--Mi hijo.

--¿Ah? El hijo de nosotros... Vaya... Vaya... --Había logrado posar los ojos y la atención en el joven y, de pronto, enternecido, con esas súbitas transiciones de los borrachos, se abalanzó a abrazarlo--. Mi hijito..., mi hijito lindo... ¿Ah? Tanto que lo echaba de menos...

Juan Antonio se dejaba abrazar, dominando el asco.

--Mi hijo... Claro, pues, es mi hijo... ¿Ah? Mi hijito... Dile a tu mamita que me respete..., que me dé platita... Me tiene peor que pobre limosnero... ¿Ah? Y a la gata de la Mariquita dile que sea cariñosita..., cariñosita... ¿Ah? Mi hijito...

Juan Antonio lo separó, obligándolo a sentarse. Pero no quiso. Se alzó a abrazarlo nuevamente, para seguir con sus majaderías, sus babas y su hediondez. Tuvo una convulsión física de asco y de un brusco movimiento lo separó. Abdón Vásquez vaciló, apoyándose en la mesa para no caer. Dijo una palabrota.

--Váyase para su pieza --ordenó Juliana.

Le contestó con un insulto. Entonces, Juan Antonio, exasperado, lo cogió por un brazo y quiso empujarlo hasta la puerta. Pero el hombre se sujetó a la mesa y aumentó las injurias. Juan Antonio lo desprendió de un sacudón y en vilo lo llevó hasta el patio. Y volvió a entrar, cerrando la puerta con llave.

--¡Qué vida! --dijo la madre.

Juan Antonio la miraba con las cejas unidas en una horizontal de preocupación.

--Hay que irse. Hay que realizar todo esto e irnos los tres al norte. Es la única manera de que tengamos una vida tranquila.

--¿Y él?

--Se queda aquí. Se le paga pensión en alguna parte, se le da una mesada y asunto concluido.

--Es lo mejor. Ya lo había pensado yo antes; pera quería que fueras tú quien decidiera.

--¿Qué te parece a ti, Mariquita? --preguntó Juan Antonio, y se quedó espantado de verla tan desencajada, con tal temblor en la boca y tan hondo terror en los ojos. Dijo avanzando hasta ella--: ¿Qué tienes, qué tienes, niña?

--Yo... -- y se echó a llorar, tapándose la cara con el pañuelo.

La miraba sorprendido. ¿Por qué lloraba? ¿Pena de irse? ¿Por qué? Faltaba que la chiquilla tuviera algún pololo... ¿Un pololo? Le fue insoportable la idea de que pensara, de que sonriera, de que hablara de amor con algún muchacho.

--¿Por qué lloras? --preguntó violentamente, separándole el pañuelo de los ojos. Apareció la cara llena de lágrimas y contestó con los ojos de verdad en los ojos de ansia:

--Es de gusto porque nos vamos... Le tengo tanto miedo... --y con el gesto señaló a la puerta por donde saliera el borracho.

--¡Ah! --Se le aflojaren los músculos, y sonriendo, con la mano de ella entre las suyas, dijo alegremente--: Allá no tendrás miedo a nadie. Todos te queremos tanto... Y vas a ver qué lindo es el viaje; vamos a andar en tren, en vapor; conocerás el mar, tu gran curiosidad. Porque tú siempre en tus cartas me decías que querías conocerlo. Nos iremos en un barco inglés. Lindo, ¿no?

--Sí. Tú me mandaste unas tarjetas con vistas de un barco. El "Oropesa". ¿No te acuerdas? Las tengo guardadas en la cajita japonesa que traía chocolates, la que me llegó para Pascua. ¡Oh, qué bueno que nos vamos!... ¡Qué descanso para todos, para la mamita Juliana y para mí!... ¿No es cierto, mamita? Oye, Juan Antonio, ¿llevaremos al "Leal"?

Hablaban encantados. Juan Antonio tuvo la sensación de que sólo entonces encontraba a la Mariquita que fuera compañera de su infancia. Y la muchacha, de pronto, notó que su mano estaba en la de Juan Antonio y nada hizo por retirarla, que de pequeños siempre estaban así, confiada y fraternalmente.

La madre, suspirando, se dejó caer en un sillón, como quien luego de una ruda jornada logra la quietud dichosa.

Emprendieron la excursión a media tarde, cuando un airecillo empezaba a refrescar el pueblo del bochorno de la siesta.

Atravesaron la calle principal de la aldea, una de esas aldeas sureñas, enclavadas en las montañas, con las casitas de madera y las gentes sencillas en apariencia. Pero con una fuerza de pasiones salvajes dentro, que cualquier choque hace estallar una tragedia. Ya en las afueras, toparan rectamente hacia la montaña.

Adelante iba el perro, corriendo detrás de las mariposas, sin lograr nunca alcanzarlas; lo que atrapaba eran vilanos que traía a. Mariquita, triunfalmente, con el rabo loco de alegría y los ojos humanos de expresión.

Entre los robles, los pellines, los palosantos, los raulíes y lingues alzaban las quilas sus largos brazos temblorosos, los maquis se veían negros de frutos maduros, los helechos se abrían en apretados mazos y las copihueras subían por los troncos en un vértigo de altura. Cantaban los pájaros su gozo del atardecer y el agua de las vertientes decía el contento,

Era una exuberancia de vida que aturdía, que embriagaba. Daban deseos de piruetear, de gritar. Mariquita dijo a Juan Antonio:

--Qué ganas de ser una abeja para volar alta o un pájaro que canta mucho o un animalito para revolcarme en el pasto. No te rías.

--Si no me río, es que estaba pensando lo mismo. ¿Te gusta mucho la montaña?

--La adoro --y abrió los brazos como para apoderarse del paisaje.

--La echarás de menos en el norte. A mí me costó acostumbrarme. Vieras que es triste allá.

--Estando con la mamita y contigo, yo me hallo en todas partes.

La miró, feliz con la afirmación rotunda.

Avanzaban cada vez más trabajosamente, que ya no había sendero y los palos secos y las enredaderas dificultaban la marcha. Iban hacia una hondonada que fuera testigo de sus juegos infantiles. Juan Antonio no recordaba el camino y Mariquita tenía que hacer lujo de explicaciones para hacérselo recordar.

--De este árbol nos robamos una vez un nido de diucas, y después, cuando sentimos a los pájaros, a la mamá diuca y al papá diuco, piar arriba con tanta pena, tuvimos lástima y tú volviste a poner el nido en su rama. ¿Te acuerdas?

--No, verdaderamente.

--Y te rompiste el pantalón y yo me puse a llorar pensando en que iba a retarte la mamita Juliana, y tú me consolabas y me abrazaste y me besaste.

--Te abracé y te besé...

Se dieron una rápida mirada, separaron los ojos y volvieron a unirlos: Juan Antonio, sonriendo maliciosamente; Mariquita muy serena. Y callaron.

Empezaban a bajar el flanco de la hondonada, resbalando un poco, rodando otro tanto, para llegar al agua que centelleaba en el fondo lleno de hierbas y briznas, oliendo a tierra bravía, acalorados, jadeantes y sedientos. "Leal" los esperaba con un palito en el hocico, que vino a traer a Mariquita.

Se sentaron.

--Tengo hambre --dijo Juan Antonio.

--Yo tengo sed.

Juliana les había preparado un paquete con vituallas. Lo abrieron golosamente. "Leal" se acercó, atento a sus movimientos, con un aire discreto de niño bueno que aguarda su turno pacientemente.

Aparecieron un pollo asado, huevos duros, manzanas, pan de dulce, tortillas de rescoldo, queso y dos botellas de cerveza.

--Yo tengo sed de agua --dijo Mariquita.

Fue hasta el riachuelo y sumió la mano hecha un cuenco. Pero el agua escurría entre los dedos y apenas si alcanzaba a beber unas gotas cada vez.

--Yo también quiero --dijo Juan Antonio acercándose.

--Toma, pues. Harta hay.

--Es que yo quiero en ese vaso...

--¡Ah! --y se quedó mirándolo perpleja, hasta que al fin, riendo, sumió nuevamente la mano en el agua y la alzó rápida hasta la boca del joven--. Ya, ya, que se está saliendo toda.

¿Bebía el agua? ¿Besaba la mano? No lo sabía, que era una embriaguez sentir la piel dorada, suave y fresca bajo sus labios. La muchacha parecía atenta sólo a que el agua no se escurriera, apretando los dedos con mayor tino. Desconcertante en su simplicidad.

Otra mujer haciendo eso hubiera sido una coqueta refinada. Otra mujer... ¡Juan Antonio había conocido tantas! Y le fue infinitamente querida por poder colocarla aparte, en sitio único, que sólo ella podía hacer lo que estaba haciendo, y ser sin malicia y dejarlo sin pensamiento turbio, pero temblando con la emoción de no sabía qué sentimiento.

Cierto que ninguna mujer era su hermana. ¿Su hermana? Mariquita no lo era. ¿Hermanos? Le fue insoportable esa idea hasta entonces familiar.

Volvieron en busca de las vituallas, vigiladas siempre por el perro, inquieto, bostezante, relamiéndose, que debía haber sido un suplicio tener todo aquello a su alcance y no tocarlo.

Mariquita despresó el pollo y alargó el cogote del ave a "Leal". El perro lo tomó delicadamente entre los dientes, dio una mirada a la muchacha y otra al resto de la pitanza, se alejó unos pasos y devoró presuroso.

--¿Qué quieres tú?

--Pollo.

--Sírvele, entonces.

Le dio fastidio verla tan tranquila. Le hubiera gustado que huyera los ojos a su mirada, que balbuceara alguna respuesta, que se ruborizara. Pero en los ocho días que llevaba allí siempre la encontró idénticamente serena. Le daban ganas de decirle un disparate. Pero no podía. Cuanta cosa iba a decirle se le volvía suavidad de terneza. ¡Lo que faltaba era que se estuviera enamorando de la chiquilla! Y que ésta no lo quisiera o que lo quisiera sólo como a un hermano y tuviera por ella el penar para siempre.

--¿Por qué estás tan callado?

--Pensaba...

--¿En qué?

--En que llegaremos al norte y te casarás.

--Las cosas tuyas...

--¿No te gusta esa perspectiva?

--No.

--¿Nunca has querido a nadie, Mariquita, querer de amor?

--No, nunca he querido a otras personas que a la mamita y a ti.

--¿A mí? ¿Me querrás, me querrás de verdad?

--Pero claro, pues.

No era la primera vez que le daba esa respuesta. Ya en otras ocasiones contestara en igual forma a sus preguntas.

--¿Se te pasó el hambre? No has probado nada. Y si te descuidas, entre el "Leal" y yo nos lo comemos todo.

El perro había vuelto a ocupar su sitio, digno y atento. Mariquita le alargó un hueso y "Leal" se fue al mismo sitio a comérselo.

Juan Antonio pensó una audacia y la dijo sin detenerse, esperando que al oírla la muchacha se enojara:

--Mariquita, ¿quieres dejarme que te bese el lunar?

Muy sosegadamente se limpió la boca con la servilleta y le presentó la cara, diciéndole:

--¿Por qué no?

--Mariquita... --reprochó.

--¿Qué?

--¿Así es que te dejas besar por cualquiera? --el reproche se hizo acritud.

--Tú no eres cualquiera, eres Juan Antonio, mi hermano.

--No soy tu hermano. ¡Dale con la historia del hermano! No quiere ser tu hermano. Hasta cuándo vas a entender. No quiero ser tu hermano, no quiero, no quiero...

Hablaba contra su voluntad, arrastrado por el deseo de molestarla, de herirla, de hacerla al fin romper su actitud. Sentía vergüenza de sus palabras y las lanzaba rápidas, duramente.

Mariquita lo escuchaba con los ojos dilatados de estupor y la boca temblorosa de pena. No quería ser su hermano... Renegaba de ella... Una ola de amargor la anegó. Sintió que iba a llorar, y como una criatura, con la voz engolada por los sollozos, dijo lamentable y deliciosa:

--Voy a llorar...

Y lloró grandes lagrimones, que transformaron a Juan Antonio, que lo hicieron perder toda otra idea que no fuera darle cariño consolador.

Se acercó a ella, obligándola a levantar la cabeza, para dar con sus ojos y secárselos y mirárselos y decirle toda su ternura y todo su arrepentimiento.

No supieron cómo se encontraron las bocas en un largo beso. Cuando las separaron, Juan Antonio murmuró:

--¿No ves que era imposible ser cómo hermanos?

Fue cosa rápida realizar el negocio, que estando bien acreditado hubo quien se interesara por el traspaso de las mercaderías y el arriendo del local.

A Abdón Vásquez le habían encontrado pensión en casa de la Micaela, una mujerota medio celestina que fuera la única en aceptarlo. Además el maestro de escuela quedaba encargado de administrar los dineros que ellos enviarían.

No fue fácil hacer que el hombre se conformara a esta nueva vida. A las primeras palabras de Juliana formó un escándalo de protestas; sólo cuando intervino Juan Antonio lo aceptó todo. Pero vomitó sobre ellos maldiciones y promesas de venganza.

Ese mismo día trasladaron sus cosas a casa de la Micaela y desde entonces lo vieron tan poco que casi se olvidaron de él. A veces lo divisaban rondando la casa. Otras le mandaba un papelito con un chiquillo a Juan Antonio, para pedirle cinco pesos prestados.

Sin la presencia turbia del hombre en la casa había una atmósfera de quieta alegría. Juan Antonio y Mariquita se enredaban cada día más en su mutuo cariño y la madre --adivinatora-- gozaba de esa dicha que se preveía firme y duradera.

Estaban próximos a partir, con el equipaje listo, un equipaje que costara muchas palabras a Juan Antonio, ya que las mujeres se empeñaban en cargar con mil inutilidades y el muchacho había de convencerlas de que era preciso llevar sólo lo indispensable.

Era la última noche que debían pasar en el pueblo. Dando Juliana un último vistazo a sus cuentas; acondicionando Juan Antonio unos paquetes, desesperado al ver los muchos que eran, tratando de

reducirlos a uno solo; en grande e inútil actividad Mariquita, que con muchas zalamerías quería convencerlo de la absoluta necesidad de llevar al perro.

Pero Juan Antonio no se dejaba embaucar.

--Si es tan lindo. Fíjate cómo me sigue.

--No lo dudo.

--Si me dejas llevarlo te doy un besito.

--Ya me lo darás, aunque no lo lleves.

--Juan Antonio: eres malo y no me quieres.

Se hizo el desentendido y dijo:

--No sé cómo diablos voy a arreglar este mundo de paquetes. ¿No habrá por ahí un gangocho grande?

--Debe de haber en la bodega.

--Llama al mozo para que vaya a buscar uno. Con papeles es inútil arreglar todo esto. Y todavía, apuesto cualquier cosa a que antes de irnos salen con otros "paquetitos" que quieren llevar.

--Regañe, hijito, regañe, que así luego se pondrá viejo.

--¿Quieres llamar al mozo?

--Salió. Fue a la botica a dejarle a doña Filomena un recuerdo que le manda la mamita.

--Anda tú, entonces, ¿quieres? Tráete un gangocho que no esté muy sucio. ¿Te dará miedo?

--Pero no... Soy muy valiente..., ahora... --agregó, como mirando un motivo de terror que hubiera desaparecido.

Y salió, sonriéndole, luego de encender un farol y de tomar una llave del quicio de la puerta. El perro se fue tras ella.

Juan Antonio siguió su monólogo interno contra los paquetes. Unía los más pequeños, les buscaba ajuste para formar una masa cuadrada.

El perro, en el fondo del sitio, empezó a ladrar frenéticamente. De pronto dio un aullido doloroso, como si un golpe lo hubiera alcanzado. Y volvió a ladrar, luego de un silencio, con mayor frenesí aún.

Juan Antonio, absorto en su tarea, no le prestaba atención.

Llegó Juliana del despacho.

--Parece que anduviera gente en el sitio --dijo.

--Es la Mariquita que fue a la bodega a buscar un gangocho.

--¿Sola? --exclamó la mujer en un grito.

--Sí, ¿por qué?

--Abdón... --y salió corriendo.

Juan Antonio, despavorido por un presentimiento, echó a correr detrás de ella. Afuera había una noche opaca, que el cielo se estriaba con enormes nubarrones negruzcos. Una que otra estrella asomaba por los trechos de cielo, plateada y temblorosa. Corría viento norte, tibio y caliginoso, anunciador de lluvias. Y el perro seguía apedreando el silencio con sus ladridos.

Les sirvió de guía. Frente a la puerta de la bodega divisaron las sombras luchando.

--Suéltala..., condenado..., suéltala... --gritó la mujer.

--Ma... --alcanzó a decir Mariquita, porque Abdón Vásquez le echó la manta por la cabeza y le sofocó la voz.

Trataba de arrastrarla adentro y cerrar la puerta de la bodega. Encerrado, aunque los otros llegaran --sentía su carrera y sus gritos--, podía hacer tranquilamente lo que quería. La muchacha no atinaba a defenderse, medio ahogada. Pero "Leal" se aferró a una de las piernas del hombre, y por tirarle una patada, en lo que echó en volverse, Juan Antonio estuvo a su lado con tal horror en las entrañas por lo que podía haber pasado, que una niebla le tapaba los ojos, con tal ira en el alma por la monstruosidad aquella, que los dientes le castañeteaban.

--¡Ah! --rugió.

El hombre --a quien el deseo y el alcohol habían vuelto una fiera--buscó en la faja y rápidamente asestó una puñalada que rajó el pecho del hijo.

--Para que me las paguen todas juntas ahora...

Juan Antonio dio un gemido y se apoyó en la puerta tambaleándose.

El hombre huyó.

Llegaba Juliana.

--Mariquita... Mariquita...

--Está ahí --contestó el joven, feblemente--. No le pasó nada a ella...

La madre se desentendió de la chiquilla y se abalanzó a abrazarlo.

--Mi hijo... Mi hijo... ¿Qué tienes?

--No es nada, mamita, no es nada...

--¿Qué tienes? ¿Qué pasó?

Y como tocara la humedad pegajosa de la sangre:

--¿Estás herido? ¿Herido? ¡Oh!...

--Si no es nada, si es un rasguño... Mire, déjeme moverme. Déme su pañuelo...

Mariquita se había quitado la manta y miraba con ojos estúpidos.

--Mamita... Mamita... ¿Qué pasó?

--Nada. Este que se hizo un rasguño. ¿Te duele?

--No mucho.

--¿Pero qué pasó?

--Dios averigua menos y perdona --contestó Juliana--. Tómate de mi brazo y vamos para la casa.

--Pero, mamita, ni que me estuviera muriendo.

Se pusieron en marcha. Adelante Juliana con el hijo, detrás la Mariquita lloriqueando y el perro a la siga.

En la galería Juan Antonio se sentó para que la madre le hiciera una curación. La herida era superficial. Los dos tranquilos y sin comentarios; Mariquita aún entontecida. Tenían la sensación de que allá afuera habían transcurrido años. Un mismo pudor les hizo callar. Juan Antonio y Mariquita se escudriñaban, como si temieran encontrarse distintos. Les parecía maravilloso verse idénticos.

Al joven no le bastó mirarla; alargó la mano y la atrajo para convencerse de que en realidad la tenía a su lado en cuerpo y alma. La madre, reconcentrada, parecía rezar con el temblor de los labios. No daba otro signo de emoción.

--¡Pobrecita! --dijo murmurando las palabras Juan Antonio--. ¡Cuánto tendremos que quererte para que olvides! ¡Piensa que desde mañana empezaremos otra vida!

--¿Con el "Leal"?

--Con el "Leal". Lo llevaremos. Y él también tendrá otra vida desde mañana.

--¡Otra vida! --dijo como un eco la madre.

--¡Otra vida! --murmuró Mariquita.

Y se quedaron silenciosos en la espera de ese mañana que era el comienzo de la nueva vida.

FÍN

EL ZARCO

Más allá de la bajada de los Caracoles empezó la lluvia a darnos papirotazos con gruesos goterones. Era ya de noche en la quebrada que seguíamos, y arriba, sobre los picachos cordilleranos, unos nubarrones se unían a otros nubarrones, formando un espeso capote gris, negruzco, viejo, desgarrado a trechos, dejando ver la vestimenta azul del cielo en que un botón rutilaba esplendente. Íbamos al paso de las cabalgaduras, mulas hechas a estos caminos peligrosos, sabias en el andar firme, engullidor de leguas. Aún nos faltaba buen trecho que hacer para llegar al sitio donde pernoctaríamos, y cada vez la noche se espesaba más, subiendo por las laderas hasta llegar arriba y confundirse con los nubarrones, formando una masa densa que parecía entrarse por los ojos, por la boca, por los oídos. Solía pasar volando bajo un pájaro de presa, y en lo profundo de la quebrada el río decía su enfado con las piedras que le formaban remolinos de espuma. Las mulas llevaban un paso silencioso, con la madrina adelante, en tintineo jovial, y todos nosotros --capataces, arrieros y yo-- fastidiados por aquella lluvia que nos deshacía el agrado del viaje "al otro lado" en busca de un piño de vacunos que mi padre comprara a un estanciero del Neuquén. Fastidiados: ellos, por lo que la lluvia podía significar para mí de molestia, mujer como era de ciudad sin curtidura de vientos, de soles ni de lluvia, creían ellos. Fastidiada: yo, por el prejuicio que mi vida ciudadana ponía en ellos respecto a mi resistencia, y queriendo a cualquier precio demostrarles lo poco que la lluvia me importaba. Pedí el poncho de castilla que en las noches me servía de abrigo cuando dormíamos a campo raso, lo eché sobre mis hombros, alcé el cuello, bajé las alas del cucho maulino y seguí estoicamente bajo la lluvia, que ahora hacía caer sobre nosotros una rociada fina y pareja.

--¡Condenado tiempo! --dijo un arriero junto a mí.

--Tenimos agua pa' rato... --exclamó el viejo Pancho con inquietud--. Lo pior es por usted, patroncita.

--No se preocupen por mí, voy muy bien...

Iba bien, sí, al comienzo, pero poco a poco la manta pesaba sobre los hombros, al par que en las piernas empezaba a sentir la caladura del agua. Y el demonio del cucho maulino, que era mi orgullo, se iba transformando en un trapo mojado que se pegaba a mi cabeza echando por las mejillas dos canales que desembocaban en el cuello, entrándoseme entre la manta y la chaqueta del traje de montar. Seguíamos andando, despacio, que la lluvia hacía resbaloso el camino otra vez en bajada. La ropa se me pegaba cada vez más al cuerpo, y ya transida, el camino se me hizo intolerable. Por eso, cuando el viejo Pancho dijo con su habla sentenciosa:

--Mejor será, patroncita, que subamos un poquito pa' lo alto, buscando la casa de piedra del Zarco. De aquí allá no tenemos más de media hora de camino. Podimos alojar ahí. El Zarco es un chileno que vive por estos laos, medio ideoso, pero güena persona. En cambio, si seguimos pa' lo del amigo Clodomiro, tenemos tres horas más de mojadura.

Cuando el viejo Pancho habló así, sentenciosamente, sentí tal ternura por su lealtad vigilante, que me hubiera echado en sus brazos como cuando era pequeña y me cargaba para llevarme por la montaña -- buscaba en ella al lobo de la Caperucita--, y cuyos caminos largos y ásperos me cansaban. Pero contesté por conservar mi empaque:

--Por mí no vale la pena desviar rumbo.

Y como, de pronto, me diera pavor ser creída, agregué muy ligero:

--Pero como las bestias han de estar cansadas, será mejor tirar para donde dice don Pancho. ¿Por dónde se va?

--Vamos llegando al atajo que debimos tomar.

La lluvia seguía cayendo fina y penetrante y en la cara era como una araña que tejiera una red complicada, enervadora, que hacía inclinar la cabeza buscando defenderse de sus hilos helados. Las manos me caían inertes sobre el arzón, y las riendas flojas estaban en poder de Pancho, que desde hacía rato llevaba mi cabalgadura de tiro. Y en el último retazo de camino en fuerte repechada, era yo una especie de pelele, sin músculos, sin ideas, fofa de cansancio y frío.

Hasta que, de súbito, la mula se detuvo, y una luz me dio en los ojos. Un cuadro amarillo se abrió enfrente, una puerta y en su vano un hombre que parlamentaba con los arrieros que se adelantaron y que ya estaban descabalgados.

Me bajó el viejo Pancho de la silla y en vilo me depositó adentro, en la casa sin silueta, fundida a la montaña, a la sombra y a la lluvia. Afuera había movimiento: los hombres desensillaban y descargaban las bestias, hablaban, reían, pasaban y repasaban frente a la puerta abierta, abierta porque el viejo Pancho entraba y salía trayéndome la bolsa que contenía mis ropas, la caja de *picnic*, un brasero con carbones rojos, una tetera que se puso a cantar su canción de hogar, un vaso de aguardiente que me hizo beber aunque me ardiera al pasarlo. Y luego me dejó sola para que cambiara de ropa.

Hasta mucho después, ya con la reacción del fuego, del aguardiente y de la vestimenta seca, no empecé a curiosear con la mirada la habitación donde estaba, una extraña construcción de piedra en que se habían aprovechado oquedades de la roca viva. Una puerta comunicaba con el corredorcillo que corría afuera y otra puerta comunicaba con la segunda habitación, oquedad más pequeña que, como la primera, había sido trabajada a cincel para dar a las paredes superficies lisas. Había unos pocos muebles de rústica hechura, y en el piso --también de piedra-- unos choapinos y unos cueros de puma eran la nota comfortable. La pieza en que estaba era el dormitorio. La otra, el comedorcito. Todo ello en orden y aseo a la luz de un reverbero a parafina.

Salí al corredorcillo y como no hallara a nadie, grité:

--¡Pancho! ¡Pancho!

Una voz contestó cerca de mí, bajo la lluvia y desde la sombra:

--Ya viene, señorita; está acomodando a la gente en una cueva que hay más allá, en la cueva del Chivo, que le llaman.

--¡Ah! ¿Quién habla?

--Soy yo, señorita, el que vive por estos lados y al que nombran el Zarco.

--Buenas noches. Muchas gracias por su alojamiento. Lo vamos a molestar; perdónenos; pero llovía demasiado para seguir camino...

--Estoy muy contento de poderles servir a ustedes, a usted, sobre todo, señorita.

--Muchas gracias.

Y como hubiera un silencio y siguiera viendo al hombre frente al corredorcillo, impertérrito bajo la lluvia, dije, pensando en la sensación agobiadora que sintiera antes, recibiendo ese chorro continuo:

--Véngase acá, no se esté en esa forma calándose.

--¿Qué importa, señorita?...

Cuando estuvo bajo techo, dijo modosamente:

--Con su permiso...

Se sacaba la manta, y con un gangocho que cogió de un rincón se limpió las altas botas de cuero. Luego se lavó las manos, y entonces vino hasta cerca de mí, diciendo:

--¿Quisiera servirse algo la señorita? ¿Un matecito para calentarse? No es mucho lo que tengo para ofrecerle; hay que tomar en cuenta sólo la buena voluntad. Tengo charqui... Si gusta, le puedo hacer en un volando un valdiviano. También tengo huevos y queso y mantequilla y tortillas de rescoldo también... Leche no tengo nada, porque esta mañana me dieron vuelta el tarro los condenados de los perros...

Hablaba con una voz humilde, con pausas entre frase y frase.

--Amigo, me ofrece usted un verdadero banquete. Pero no se moleste.

Esperemos que llegue Pancho con las provisiones que nosotros traemos.

--Ustedes son mis alojados y no me van a despreciar...

--Tiene usted razón, amigo. Acepto su pan y su sal.

--Hace mucho viento; mejor será que entre para acá.

Era verdad. La noche se helaba con ráfagas que sonaban como trallazos sobre los altos árboles, como silbidos entre la madera del corredorcillo. Entramos al comedor.

El hombre fue colocando sobre la mesa el mantel de burda tela, unos cubiertos, una fuente con tortillas de rescoldo, un plato con queso, otro con mantequilla, un salero, una soperita diminuta con ají. Y luego trajo un cántaro con agua, uno de esos cántaros que se hacen en Quinchamalí, trabajados en greda negra en forma de una mujer que toca la vihuela, ancha la falda, delgada la cintura, arqueados los brazos sobre el instrumento pequeñito, la cara risueña, y en la cabeza una chupalla abierta en la copa, vertedero para el líquido que se echa adentro, todo ello decorado con motivos indígenas, grafismos en rojo, blanco y amarillo.

--¡Bah! --dije--. ¡Una greda de Quinchamalí! ¿Dónde la consiguió usted?

--Me la mandaron de mi tierra --contestó el hombre lentamente.

--¿Es usted chillanejo?

--Sí, señorita, chillanejo.

--Yo también lo soy, amigo.

Hubo una pausa. Luego el hombre preguntó tímidamente:

--Me gustaría saber su gracia, por si yo conociera a su familia...

--Soy nieta de don Ignacio, el que tenía almacén en la Plaza de la Merced. Mi padre es Ambrosio...

--Cabalmente --y con voz cambiada, firme, grave y caliente de recuerdos, agregó--: Cuando la vi me pareció reconocer los ojos. Se parece usted a su padre. Lo conocí mucho y también a sus tíos... Ignacio Segundo, Manuel, Ramón, el que más queríamos todos; Darío, tan santito, que creíamos que se iba a meter de fraile... Y Rosita, la lisiada, que iba por las calles en su cochecito, bonita como una imagen, dando la gracia de su sonrisa, el consuelo de su palabra y la caridad de su dinero...

--¿Dónde conoció usted a mi padre y a mis tíos?

--En el colegio de doña Pepita Carretero (ahora lo llamarían un kindergarten), al cual íbamos todos los niños de las familias tradicionales. Ramón y yo nos sentábamos en el mismo banco; éramos inseparables...

--¿Y después?

--Después... --dice el hombre y se queda mirándome con una angustia que le atiranta la boca, que se la hace enternecedora como la de una criatura que fuera a llorar.

Lo observo. Tiene raza. Algo, no sé qué, en el porte, un llevar la cabeza donairosamente, unos pies que las botas burdas no alcanzan a deformar, unas manos que el trabajo no logró hacer rudas. Es alto, rubio, fuerte en su delgadez, con la cabeza pequeña y la cara de rasgos acusados, judaicos por la nariz de garduña y los ojos adentrados bajo el arco de las cejas, con las pupilas muy claras, desteñidas de azul, y la boca bellamente diseñada, fina y desdeñosa, mostrando los dientes puntudos, brillantes de pulcritud. El tipo que suele ser de repulsión por el ave de presa que sugiere, en este caso era de cabal nobleza.

Dije, siempre mirándolo y arrastrada por la curiosidad:

--Sí, después... Después de esa infancia... ¿Cómo ha llegado usted a esto?

Me miró a su vez, siempre con la boca en temblor patético, y fue diciendo como si las palabras le salieran amarradas en series, con pausas entre ellas, vaciándose en la confidencia lenta y dolorosamente, con otra construcción en las frases que al evocar el pasado parecían tomar de nuevo la modalidad culta que su educación le diera:

--Después de esa infancia... Después de esa infancia vinieron la ruina de mi casa y mi empleo en el norte, en las salitreras, adolescente aún, junto a un tío que me acogiera como a un pordiosero que es una carga. Así de ardua mi vida junto a él por muchos años... Muerta mi madre, muerta mi única hermana... Mi hermano (mayor que yo diez años) viviendo en Chillón Viejo, en una quintita que le daba apenas para mantenerse, trabajando en compañía de su mujer, vendiendo hortalizas, criando aves, cultivando colmenas. Así los años miserablemente... No sé qué ansia de mi tierra suave de clima me vino en el norte, una especie de idea fija de ver a mi hermano, de conocer a mi cuñada, de acariciar a mi sobrino... Seguía en las salitreras, en mejores condiciones económicas, libre de la tiranía de mi tío, pero el calor me echaba a perder cada vez más la salud y el ánimo, y no tenía otra ilusión que juntar unos pesos para volverme al sur y ver manera de trabajar en otras actividades que fueran más acordes con mis gustos. Me atraía el campo, de familia de agricultores como era... Y volví a Chillán por obra del destino... Vi de nuevo la ciudad de mi infancia, vi a mi hermano, conocí a mi cuñada y pude regalinear a mi sobrino... Había una limpia pobreza en casa de mi hermano. Y había la sonrisa cariñosa de mi cuñada y los juegos de mi sobrino para alegrarlo todo... ¿Cómo se hacen las cosas en uno, a pesar de uno? No quise quererla sino como a una hermana y la quise en distinta forma, a pesar de mí mismo, contra todo mi deseo, arrastrado por no sé qué mala fatalidad. Y a ella, la pobrecita linda, le pasó lo mismo, y aunque callábamos y nada decíamos, sólo sabíamos estar juntos, mirarnos, sonreírnos, sin un mal pensamiento, sin una pinta de maldad, pero queriéndonos, queriéndonos... Y un día... Un día... Sí, un día en que hacía más sol que el de costumbre y estábamos más contentos que nunca y el amor nos rebosaba como jamás nos rebosó, sin saber tampoco cómo, nos encontramos con las bocas en un beso... Y después de este momento de dichosa locura, vino el otro momento de horrenda locura... Porque nos habían visto, y mi hermano avanzaba hacia nosotros con el revólver en alto, apuntando al corazón de ella... Me interpose, luchamos y el tiro que se escapó fue a herirlo a él, a matarlo a él... De entre la multitud que se agrupó, no sé cómo pude huir... Pero el caso fue que huí, y a pie por los caminos, trabajando aquí y trabajando allá, haciendo todos los oficios, fui ganando el sur, ganando después esta región hasta pasar la frontera, y aquí estoy, haciendo una vida de hombre primitivo, cazando nutrias, chingues y pumas, rastreando en el verano pepitas de oro en los esteros, viviendo en esta cueva, yendo una sola vez al año "al otro lado" para, desde Lonquimay, mandarle a ella el producto de mi trabajo... Esta es mi vida... Este es el "después" por el cual usted preguntaba...

--¿Y ella?

--Ella... Cuando supo dónde estaba, después de mucho tiempo de silencio, y cuando me atreví a mandarle la primera carta y el primer dinero, vino a reunirse conmigo, dispuesta a compartir mi vida... Y no pudimos...

--No pudieron... ¿Por qué?

--Porque con ella estaba el niño, su hijo, el hijo de él, del muerto, del muerto que nos estaba mirando siempre con las pupilas de la criatura, iguales, tan iguales alas suyas, que nos quedábamos a veces fríos de espanto, sin atrevernos a una palabra, a un movimiento, con ese testigo siempre pegado a la falda de la madre, hurraño y testarudo, enfermizo y suspicaz. Era una vida imposible. Entonces ella partió... Se fue

con el hijo y con los ojos del muerto que nos separaban... Así, lejanos, nos sentimos más unidos... Nos queremos siempre, siempre con el mismo encendido amor...

Calla. Está apoyado contra el muro, con la cabeza echada atrás y la cara desnuda a mi mirada. La emoción le ha afinado los rasgos, se los ha hecho de cera blanca. De pronto una mano con un gesto rápido parece quitar algo que estuviera sobre los ojos. Entonces veo la mirada que vuelve de muy lejos, de todo lo que acaba de evocar y que lentamente se apodera de lo que tiene delante: la habitación conocida y la mujer desconocida que por venir de las tierras familiares le abriera la válvula de la confianza. Pestañea y dice con la voz primera y empleando los mismos giros serviles que usara antes:

--Perdóneme la señorita... Tanta lesera que le he contado... Y olvídelas, por favorcito... Por favorcito se lo pido, por lo que más quiera en el mundo...

Hago un gesto con la cabeza. Me mira profundamente, y en esta modalidad humilde sigue poniendo la mesa, al par que dice volublemente:

--¡Qué se ha demorado el veterano en acomodar a su gente! Con poquito más que se atrase va a encontrar la comida lista...

Y con la mano firme, cerrada la expresión del rostro corvino, empieza a picar pedacitos de charqui en una olleta de barro. Me vuelvo a mirar por la puerta abierta. Lluve parejo con gorgutir monótono. Estoy dentro, lejos de la lluvia, en la habitación caldeada de brasero; pero, lentamente, por una mejilla me rueda una gota de agua salada.

FÍN

DOS HOMBRES JUNTO A UN MURO

En la parte alta del muro encalado, pequeñas ventanas eran manchas de sombras rectangulares. Había una clara noche estival, sin luna, con las estrellas de plata facetada dando reflejos azulencos en la atmósfera muy pura. Un camino cercaba el muro y una paz profunda decía reposo absoluto en seres y cosas.

Arriba, en el boquerón oscuro de un rectángulo, una mancha clara apareció lentamente, como surgiendo de las entrañas de las sombras: un rostro de hombre que se apegó a la cruz de los barrotes y largo rato se quedó tendido al silencio. Una campana en la ciudad dio la hora, dos largos y recios toques que fueron abriendo sus círculos vibrantes hasta perderse allá lejos, donde los cerros brumosos se fundían al horizonte también en bruma. Entonces la cara del hombre se apartó un tanto de la ventana. Dos manos se aferraron a los barrotes y tras una serie de movimientos que no producían el más leve ruido, la cruz se desprendió, rota por el sitio en que los hierros habían sido limados. Una cuerda delgada y fuerte, anudada a trechos, serpenteó muro abajo, hasta tocar el suelo. Aparecieron en la ventana los pies y las piernas del hombre, luego el cuerpo y al fin la cabeza. Los brazos seguían adentro, sujetas las manos al resto de los hierros. Se daba ahora a escuchar. Seguía el silencio hondo, taladrado sólo por un grillo. Súbitamente nació en él la vacilación. Miró la negrura de la celda. Aquello, a pesar de todo, era lo seguro. En cambio la claridad de afuera era lo desconocido, lo incierto por venir. Continuaba el grillo su trabajo sin tomarse una pausa de reposo. Y súbitamente, también, sintió que ese ruido en dos tiempos lo tomaba, lo motorizaba, empujando sus músculos a la tarea del descenso.

Las manos iban lentas y seguras apropiándose de los nudos que las afianzaban y los pies descalzos en la pared defendían el cuerpo del roce delator. El cric-crac del grillo se hacía más agudo y el hombre sentía que en el corazón otro grillo sonaba al par que aquél, estridentemente.

Cuando tocó el suelo tuvo una especie de vértigo de angustia, tomado siempre por las dos sensaciones opuestas: la seguridad que dejaba arriba y lo pavoroso que lo aguardaba tal vez en un segundo más. El grillo calló y el silencio fue una opresión intolerable. El hombre no se atrevía a aventurar un movimiento. Estaba ahí, apoyado contra el muro, caídos los brazos, la barbilla sobre el pecho.

Era un hombre joven, cenceño, oliváceo, con los ojos encajados muy adentro en las cuencas sombrías. Un tic le atirantaba la boca en una patética expresión de niño que fuera a llorar. Las manos, de largos dedos duros de huesos, tenían gestos bruscos que trazaban el gesto inequívoco de su nerviosidad.

Seis meses pasan lentos cuando transcurren allí, pero al fin de esos seis meses por venir, soportados pacientemente, está la vida segura, la buena vida libre y sin tropiezos, que una experiencia dolorosa es bastante para abrir los ojos al bien y al mal. Alzó la cara y miró la cuerda, fina raya sobre lo blanco del muro. Seis meses... Una de las manos se alzó y se cogió sólidamente a un nudo. Volver arriba y dejar que un día sucediera a otro día y que muchos acumulados formaran los seis meses que le darían la libertad. Pero el grillo se echó de nuevo a taladrar las sombras y en el hombre se hizo inmediatamente el ansia que no admitía dilaciones.

Atravesó el camino y adosado a la pared de enfrente caminó unos pasos hasta llegar al sitio que tenía que escalar. Sacó del bolsillo una nueva cuerda con un garfio en la punta, especie de ancla que debía clavarse arriba. Con un gesto silencioso y preciso la lanzó sobre el muro y se quedó después un largo rato escuchando. Tiranteó la cuerda, que estaba firme y segura. Entonces, ayudado de pies y manos, subió hasta quedar tendido en la arista superior. Recogió luego la cuerda, lanzándola a la parte externa. Abajo se extendía un prado de suave pasto y más allá unos grupos de árboles limitaban en una reja.

Empezó a bajar. Reinaba el profundo silencio intolerable. La compañía del grillo se había quedado atrás. Cada vez tomaba más precauciones. Hubiera querido acallar los golpetazos sordos de su sangre y el roce casi imperceptible de las manos en la cuerda y el jadear oprimido de la respiración. Hubiera querido no ser, diluirse en las sombras. Cuando faltaban unos metros para llegar abajo, sintió unos pasos que avanzaban firmes y rápidos, acompasadamente. Le pareció que se moría, que la respiración se le quedaba dentro del pecho y que lo ahogaba, que el corazón le echaba a la cabeza una ola de sangre aturdidora, que en los oídos un rumor de marea lo dejaba sordo. Maldijo su ansia de fuga y las habladorías del Choroy, que lo impulsaran a ella. ¿Qué hacer? ¿Cómo era aquello? ¿Por qué a esa hora una ronda? ¿Cómo? ¿Cómo?

Quien avanzaba se detuvo junto a la cuerda y dijo:

--Ya está, bájate de una vez.

El hombre entontecido bajó sin saber lo que hacía. Era como vivir un tal sueño. Al poner pie en tierra se tambaleó. El que hablara --era un viejo de blancos pelos y ojos grises, serenos y tiernos--- volvió a decir, con la voz de grave modulación teñida de reproche:

--Para hacer estas cosas hay que tener más ñeque y no andar desmayándose como una señorita...

Lo seguro estaba arriba, en la celda de estrecha ventanita, detrás de la cruz fría de los barrotes. Seis meses aún... ¿Y ahora? Lo cogió un escalofrío y un sollozo se le ahogó en la garganta.

--¿Qué es lo que te ha agarrado a ti de repente para hacer esta lesera? Siempre habías sido tan sosegado...

Quiso decir algo y la garganta sólo le produjo sonidos ininteligibles y lamentables. El viejo lo miraba severamente, sin temor a un movimiento que lo pusiera en fuga, sin temor a un arrebató que provocara una agresión. Conocía él bien a su gente...

--Yo. Yo... --barbotó al fin--. Me iba... Quería irme a ver si era cierto... Me había dicho el Choroy... Me dijo que... Me dijo el Choroy, el que está recién llegado..., me dijo...

--¿Crees que estás hablando con mucha claridad?

--Yo... Yo...

--Sí, te querías fugar. La que te espera con ésta... Pero ¿de dónde te bajó el arrebató de irte, a ti que pareces tan mosca muerta?

--Quería ir a ver si era cierto... Es que... Usted no sabe lo que es querer a una mujer y estar sin noticias de ella meses de meses, años de años, y de repente saber que vive con otro hombre. Usted sabe que yo no estoy aquí porque sea malo ni porque haya hecho lo que hice a conciencia. Si maté fue porque estaba borracho y con trago nadie es responsable de lo que hace. Hasta los mismos jueces se dieron cuenta de

mi desgracia y me dieron una condena corta. Pero los años son despaciosos para pasar y la mujer viene cada vez menos a verme. Y de repente llega aquí un amigo que me cuenta que ella está viviendo con otro. ¿Qué quiere que haga, mi primero? Estoy como loco y sólo tengo la idea de saber la verdad, aunque me cueste la vida. No me importa nada, nada, sino ver lo que ella está haciendo, si me engaña o no me engaña. Lo prefiero todo a seguir en la duda, que es peor que un pájaro que le fuera a uno comiendo el corazón. Se lo pido por lo que más quiera, déjeme irme, mi primero. Le prometo que vuelvo en cuanto vea qué hay de cierto. Se lo prometo, se lo juro por esta cruz, por mi mamita, por ella misma, que es lo que más quiero en la vida... Déjeme irme, mi primero...

En los ojos del primero brillaba un enternecimiento. Miraba al hombre siempre fijamente, pero a través de él parecía mirar más lejos, algo que estaba en el pasado, doloroso y palpable.

El hombre seguía implorando:

--Hágalo por su mujer..., o hágalo por su madre o por sus hijos... Déjeme irme... A más tardar estaré de vuelta en unos dos días... Nadie me ha visto... No podrán hacerle a usted ningún cargo... Por favorcito se lo pido...

Lo interrumpió poniéndole una mano sobre el hombro al par que decía con seca voz que no admitía réplica:

--Vamos andando para tu celda. No metas ruido, anda despacito...

Pero al hombre se le aflojaron los músculos y todo el alto cuerpo endeble se le desplomó en un desmayo. El viejo le pasó un brazo por la cintura y lo alzó, llevándolo en vilo hasta la pieza en que estaba de guardia. Lo extendió sobre una manta, lo hizo tragar unas cucharadas de café y cuando el hombre empezó a reanimarse, dijo con la misma voz de metal, grave, pero en la cual vibraba ahora una nota de ternura:

--Te voy a contar una historia, para que sepas en lo que suelen parar estas arrancadas a ver una mujer que se quiere. Hace muchos años estuvo en esta misma cárcel un hombre joven que, al igual que tú, en una borrachera mató a su mejor amigo.

"El trago tiene la culpa de tantas cosas... Bueno. El hombre tenía una mujer a la que adoraba. Ya cumpliendo su condena no hizo otra cosa que trabajar en los talleres, en su oficio de ebanista. Su único objeto era juntar unos pesos para entregárselos a su mujer cada vez que ésta venía a verlo. Así pasaron los años. Buen obrero, llegó a ser el capataz de los de su oficio. Era el modelo de los presos. Llevaba más de la mitad de su condena cumplida, cuando cayó en la cárcel un amigo que también fuera amigo de su mujer y que le contó que ella vivía con otro hombre, desde hacía mucho tiempo, y que si seguía viniendo a verlo y le mostraba interés y cariño, era sencillamente por el interés de la plata. El hombre creyó volverse loco de pena y rabia. No sabía qué creer. Tuvo con la mujer una violenta explicación que lo dejó más lleno de dudas aún, ya que ella negó todo lo que el amigo seguía asegurando con detalles precisos. Entonces planeó la fuga. La planeó tan bien que una semana después estaba en su casa, en la casa que fuera la casa de su felicidad. Encontró a su mujer con otro hombre. ¿Qué se hace cuando los celos lo ponen a uno peor que una fiera rabiosa? Se insulta, se grita, se pega y se mata... Cuando el hombre volvió a la cárcel era con otro crimen encima. Había matado a su mujer, y si no mató al hombre que con ella vivía, fue porque este huyó cobardemente desde el primer momento. En este nuevo proceso los jueces fueron menos benévolos y lo condenaron a cadena perpetua. Pero el hombre era un buen hombre, se lo aseguro hermano. Tan buen hombre que en los años que siguieron no hizo otra cosa que trabajar y estudiar. Lo que menos esperaba le llegó un día: el indulto. Pero ¿para qué quería la libertad? Afuera, en el mundo, todo le era desconocido. Su vida era la vida del presidio, sus amigos eran sus compañeros, sus patrones eran sus vigilantes. Cuando le dijeron que podía irse pidió como un favor que lo dejaran en la cárcel en un puesto cualquiera, aunque fuera sin sueldo, pero que no lo echaran. Le permitieron quedarse. Y nadie se ha arrepentido de esta resolución porque ha sido hasta ahora un excelente servidor... Y nada más. Aunque los años pasen, siempre tiene en el corazón la pena negra de su crimen, de la mujer muerta por él... La vida... La vida tiene muchas enseñanzas, hermano. Yo le digo ahora: quédese aquí tranquilo... Olvide... La mujer... A la mujer hay que dejarla... Y perdonarla... Eso es todo.

Un silencio.

--Vamos andando. ¿Cómo estás? ¿Mejor? Vamos, entonces... Mira que después tengo que sacar los cordeles y arreglar los barrotes para que no se den cuenta de... tu lesera. Ya... Despacio y no llores

más... No vale la pena llorar... Del mal el menos.

Son una gran sombra en los pasillos, una gran sombra que avanza lentamente, cautelosamente, hasta enfrentar la celda número 18, cuya ventana abre una pupila ciega en lo alto del muro encalado.

FÍN

EL ESPEJO

Sobre la consola el espejo se adosa al muro con bollones de bronce labrado. Lo pusieron allí para que su fría lámina abriera profundidades recónditas al estrecho pasillo hacia el lado del ensueño. Del pasillo aprisionado en la penumbra que media entre la puerta de acceso al departamento y una cortina oscura, tras la cual se supone el comienzo de la intimidad. La luz no entra al abrirse la puerta porque el rellano es ciego, y a su vez las gentes no favorecen la imposible intrusión, apresuradas por irse más allá de la cortina, a esa gran habitación que finaliza con un muro de cristales, balconada florida sobre el aire de un parque.

Del cielo raso del pasillo pende una farola cuyos bronces hacen juego con los bollones del espejo. Permanece perdida en las tinieblas aún más densas del techo, pero solían encenderla "cuando había invitados". Y cómo se obstinaban en evidenciarse las luces en aquellas contadísimas ocasiones, fuera de lo común en ese hogar en que un hombre y una mujer regían pacífica y aisladamente su vida por horas inmutables, ya previsiblemente engranadas en sus correspondientes acontecimientos.

Alguna vez, encendida la luz al azar, el mármol de la consola, la bandeja de plata que allí espera imposibles tarjetas de visitantes y la superficie del espejo aparecen infinitamente desamparados en su respectiva soledad, perdidos en el desencuentro de aquella súbita iluminación, como despertados, no de un sueño, sino de un doloroso insomnio interior. Apagada la luz, la penumbra devuelve al pasillo su inexistencia, su condición de tránsito ajeno a lo familiar.

Un día que la mujer repasa lenta y prolija la suavidad de una gamuza sobre el espejo, repara en la mancha. Frota con mayor energía. Piensa en voz alta, como suele hacerlo:

--¡Vaya, por Dios! --demorándose en cada sílaba que tanto tiene de súplica como de anticipada resignación, alargándolas con la misma paciencia que pone en su gesto--. ¡Vaya, por Dios!

Porque aquello no es mancha sobre la faz del espejo, su rebeldía a la suave insistencia de la gamuza lo revela, sino algo más definitivo: falla del azogue, desvaída lepra amarillenta del tiempo que allí esparce sus implacables líquenes.

Enciende la lámpara para mejor observar el defecto. Una escandalosa luz de haces refractarios desnuda súbitamente sus dormidas espadas contra el blanco de las paredes, resbala por la piel fría de la consola por el peto reluciente de la bandeja, y al multiplicarse en el espejo, hace pestañear a la mujer que busca adueñarse de nuevo de su visión.

Es a sí misma a quien halla aprisionada por las estrías rojinegras entre opacidades neblinosas, entre diminutos percutidos que cubren al espejo como calofríos de su superficie. Se queda mirando, mirándose, mirándose, no a sí misma, sino mirándose en aquella extraña, mirando a esa mujer manchada, deshecha, deforme, borrosa como en un mal recuerdo, hundida en un pantano, sí, deforme con la boca abierta, con los ojos despavoridos con que afloran sobre las aguas los ahogados que han perdido entre el légame del fondo su verdadera figura.

Permanece rígida en la contemplación. A su alrededor el aire se hiela en zonas que van adhiriéndose a su cuerpo hasta formarle un preciso revestimiento de calco. Y no es su propia forma la que el aire ciñe, sino la forma de la otra. Huecos inconfesables, huecos que sólo la muerte puede colmar median entre su ser y el molde que el aire finge en su torno. Sigue mirándose, pero escucha ahora en su interior el denso

silencio de su sangre. Rodeada de frío, inmóvil. ¿Esa es ella? ¿Ella misma? ¿O una intrusa que hubiera osado penetrar por la puerta de acceso y aprovecha esa puerta de un rellano ciego para insinuarse en su destino? No puede habituarse a su rostro. Despacio, con una precaución que implica miedo a que los músculos no la obedezcan, hace un movimiento, corriéndose de costado. Otra cara, igualmente ajena a la suya, la mira desde este nuevo ángulo con idéntico pasmo, al que la ausencia de toda ironía torna insoportable.

Oye el eco de antiguas voces diciendo desvaídas frases. "¡Qué belleza!" Voces oídas ¿cuándo? Más allá del espejo, en una lejanía por la que transitaba su sangre niña como un alborotado torrente secreto. Sí. Allá en el pueblo fluvial de su infancia, en la época en que su delantal blanco revoloteaba por la avenida ribereña al volver de la escuela con el bolsón de los cuadernos apretado bajo el brazo. Sí. Entonces. La voz única de la madre, la plural e indiferenciada habla de las tías y el parloteo de las buenas vecinas desbordadas en los batones caseros, anchas de siestas y de benevolente indolencia. "¡Qué belleza!"

Y ella corría en busca del espejo para pedirle confirmación de esa belleza, que, de ser cierta, la empavorecía un poco. Y sólo hallaba unos ojos de azorado terciopelo negro y las gruesas trenzas oscuras y la boca y la nariz y todo su rostro moreno hecho de apretada leche y canela. Y continuaba contemplándose sin hallar belleza alguna, esa cosa terrible que entendía ella como belleza, y que debía abrazar el rostro que la soportara.

Sólo sabía que le gustaba estarse silenciosa, que le dieran obligaciones hogareñas, porque el trajín era una manera de hurtarse a la escuela y a las gentes, al que hacer tan de su gusto, tan insensible que se tornaba en un no hacer, en un ocio animado y feliz que a veces le dejaba sobre la palma de la mano abierta la levedad de una verde hoja, de un desamparado pétalo, de una vívida gota de agua.

Sabía eso y que el cuerpo incomodaba con una exuberancia que sentía ajena, tropezando con sus desacostumbrados pequeños pechos, con sus pesadas rebeldes creencias agobiadoras, descompasada con el juego aún torpe de sus caderas empañadas en insinuar un idioma incomprensible. Sí. Todo eso era misterioso e inquietante. Descubrir algo ajeno aflorar de sí misma, como ciertas inflexiones de su propia voz de súbito asordada, reclamo de una vieja sabiduría que estaba allí, mucho antes de que ella naciera, que su sangre percibía al mismo tiempo que pintaba de rojo sus mejillas y encendía la frescura de ascua de su boca. "¡Qué belleza!" Belleza de niña, de muchachita, de joven, de mujer ya cabal. Belleza realzada por la transparencia con que era inadvertida, intacta por no haber sido goce de su propia dueña, ofrecida sin mácula para el asombro y la alegría de quienes la contemplaban.

Nadie sabe cómo --ella lo sabe menos que nadie-- un día un hombre se sitúa a su lado, tranquilo, naturalmente, sin sobresaltos, pero también sin dudas, como llega la siesta tras el frescor de la mañana. Y otro día ya ese hombre tiene el distintivo natural de marido, fructificación de aquella otra palabra: novio, que tampoco supo cómo ni cuándo tuvo su origen. Todo va sucediendo con esa serena fluencia no exenta de recóndita majestad de ciertos destinos, en los que cada estación encuentra la justa correspondencia de su clima. Es feliz. Tiene un marido. Tiene una casa. No tiene hijos, y como no los tiene, no los ambiciona. No hay dolor en esa ausencia. No hay ausencia siquiera. Es que su vida tenía que ser así: su afán está en el presente y el presente es inviolable: no puede ser sino como es. Lo vive intensamente, en profundidad, con la sabiduría específica de su condición de mujer. Tiene un marido, tiene un hogar. A su horasabe para qué sirve el cuerpo y cómo por la red de sus nervios puede fulgurar el instantáneo pez del placer, dejándose entrever en su deslumbramiento la lejanía de sus límites interiores.

¿Cómo habían pasado los años? Lo ignora. ¿Es que realmente habían pasado? Aquel lento deshojar de almanaques sucesivos, aquel arrancarlas hojas que levemente estrujadas por sus manos iban a parar al cesto de los papeles, ¿tenía alguna relación íntima con ella? ¿No era algo desconectado con su ser, mecánico, desprovisto de toda eficacia frente a la persistencia de su identidad? Pero las horas que parecen volar dispersas arrastran tras de sí a los días, y de pronto se advierte que tantos días han formado un año. Y mientras ¡pasan tantas cosas! Nunca grandes cosas, eso no. Las grandes cosas siempre tienen algo desvergonzada en su evidencia. Pero los mínimos acontecimientos, como las lentas lloviznas, inadvertidamente calan hasta lo hondo. Y cosas pequeñas se suceden.

Ya no se vive en una pensión, sino en la buhardilla de una gran casa. Y después en un departamento. Y se compran muebles. Y se compran más muebles. Y se añaden algunas chucherías con las que antes ni se soñaba. Y hoy es un reloj de pulsera. Y mañana un abrigo de pieles.

Parsimoniosamente crece la cuenta de la caja de ahorros. Sí. Porque se prospera, y a un ascenso sigue

otro. Y eso que no se advierte, es eso que de advertirse se llamaría felicidad. Cada hora entraña una obligación. Todo tiene en la casa el secreto ritmo de los vegetales, cuya savia circula sin latidos, lentísima, manteniendo el verdor del follaje y la tersura del fruto. Cuando se queda sola están los quehaceres, y cuando está el marido existe una atmósfera llena de cálidos puntitos luminosos en que la ternura resplandece mágicamente a través de la costumbre.

Sonríen. Conversan.

¿De qué hablan? De esas mil menudencias que no es necesario ni escuchar siquiera, de los mínimos detalles cotidianos, tanto de la oficina como de la casa, en monólogos que se interfieren sin llegar a unificarse en diálogo. Porque el secreto está en prescindir del sentido utilitario de las palabras, en usarlas tan sólo para oír y hacerse oír, como un contacto verbal.

Eso era antes. Hace ya tiempo el silencio insinuó su lenta marejada, cada una de cuyas olas fue ganando imperceptible pero irrevocablemente terreno, socavando la convivencia. ¿Qué han hablado hoy durante el almuerzo? Él ha dicho:

--Otra vez llegó tarde ese Gutiérrez. Ya no se puede más con él.

--Deberías dejarte de contemplaciones y decírselo al jefe.

--Es muy fácil aconsejar eso: pero cuando se piensa que tiene mujer y tantos hijos...

Ella ha callado ante el argumento repetidamente eficaz, porque eso se ha dicho esta mañana, como se dijo antes de ayer y la semana pasada. Infinitamente ese Gutiérrez incurrirá en su falta, como un tedioso fantasma al que no es posible arrancar de su destino; reiteradamente será perdonado en gracia a la mujer desvanecida detrás de la neblina del impreciso número de hijos. Lo han repetido tantas veces, con igual tono, con semejantes palabras, que ya no significa siquiera una defensa contra el silencio, sino una forma de callar en voz alta. Y así todo, aun de esos temas baladíes, hablan cada vez menos que antes, que ese "antes" lleno de acontecimientos tan infinitesimales que sólo pueden diferenciarse en que se produjeron en la pieza de la pensión, en la buhardilla de la gran casa o en este departamento. Como los tres consabidos escenarios de las comedias en tres actos que suelen ir a ver los domingos por la tarde. Pero lo que pasa en los tres escenarios de su propia vida es tan monótono que no podría hacerse una comedia con todo ello. No... Ni un drama tampoco.

Mueve la cabeza dentro de su molde de hielo, y los ojos que han estado mirándose y no viéndose se prenden de nuevo sorprendidos a la imagen que flota entre esas densas aceitosas aguas.

Allí hay una mujer desconocida que la observa. No, no es ella la que contempla a esa mujer desconocida, sino que es la desconocida quien la mira a ella, a la que ella cree que es. Una mujer gorda, con los ojos inexpresivos de betún sin lustre, de alquitrán, de cualquiera materia espesa y opaca. Debajo de cada uno de ellos hay una media moneda en una bolsita de piel muy fina, amarillenta, incontablemente rayada. Y la flaccidez de las mejillas rebasa sobre el cuello en doble comba, unificándose en la doble papada. Y los pechos otrora increíbles, derrumbados sobre el vientre. Caída, toda ella caída en un desmoronamiento informe, de grasa desparramada, de carne rebelde a toda arquitectura ocultando en sus densidades el esquema ideal de sus huesos, en cuya muerte aún persiste paradójicamente la finura de la muchachita.

--¡Vaya, por Dios! --repite, e insiste en frotar el espejo aunque tiene ya conciencia de la absoluta inutilidad de su gesto.

Algo levanta el eco de morosos diálogos pretéritos:

--Sería bueno que te compraras un vestido.

--Para lo que salgo...

--De todas maneras. Deberías cuidarte un poco más de tu apariencia.

Súbitamente desentraña ahora la expresión con que el marido se la quedó mirando, con mirada que no iba de los ojos de él hacia ella, sino hacia más adentro, buscando algo que no alcanzó a ver, porque debió atender las tostadas que se pasaban de punto en la cocina. Pero ahora comprende la falsedad de la palabra "apariencia" aplicada a una mujer. Que es mucho más que apariencia, que puede ser lo más dramático de su realidad. Ahora sabe que su marido estaba mirando a esa que está ahí, en el espejo,

tratando de resucitar en ese esperpento a la que ella creía seguir siendo, la que suscitara las pretéritas voces de la admiración pueblerina: "¡Qué belleza!" La certidumbre de la vejez la penetra de pronto con su relente maligno, emanado de las detenidas aguas del espejo. No siente ya que sea una desconocida quien la mira desde su fondo, sino que es ella, ella misma, súbitamente desposeída del encanto que no supo defender contra el tiempo; ella, a la que hay que comprar un vestido para disimular las deformidades, y también arrebolarse las flácidas mejillas y teñirle piadosamente las canas. También, ¿por qué no?

Un gesto le enarca la boca y un insidioso escalofrío recorre su imagen. Se queda instantáneamente endurecida, cual si la alcanzara la solidificación del espejo, con la sensación de que no logrará jamás un movimiento. Algo tiembla en su interior y repercute dolorosamente en su corazón. A su ritmo asordado la sangre se precipita por el intrincado ramaje de sus arterias. Aprieta los dientes conteniendo la respiración, tensa cada fibra de su cuerpo. Luego, con brusquedad, aspira el aire, jadeante, y por un momento logra tranquilizar el corazón, devolviéndolo a su ser habitual. Mira reposadamente los ojos de su imagen que le devuelve con idéntica calma su mirada. Y es por allí, por esa mirada, por donde el miedo penetra en ella, colmando su pecho, extendiéndose tumultuoso, anegándola toda. Terrible miedo irrazonado, miedo puro, no sabe a qué, acaso a sí misma. Miedo puro inexorable. Girar de paisajes sumergidos, y en central remolino su cara, la de ella, la de la otra, enfrentadas en única soledad, con los ojos de ahogada aferrándose a ella, tironeando de ella hacia el fondo de pavorosas honduras.

Tiende los brazos con las manos abiertas buscando no ver su imagen, y tropieza con las manos de la otra, que adhieren a sus palmas buscando su apoyo para saltar fuera de las inmóviles aguas.

--¡No quiero! --grita--. ¡No quiero! --Las palabras rebotan sobre el cristal a la par que sus manos, ahora empuñadas en frenético trabajo de destrucción, en mágica impotencia para desvanecer un terrible conjuro.

Jadea, caen sus brazos derrumbados por el cansancio. Espera para recobrar el aliento. Agarra la bandeja de plata. Por un segundo la costumbre le devuelve el orgullo que el peso de su noble metal le proporciona. Pero eso es sólo un ramalazo del pasado. La empuña y golpea, golpea tensa, eficaz, trabados los dientes, empecinada, pega contra la lámina del espejo que fracasa en ángulos en dispersas luces desmoronadas, en filudo estrépito. E insiste en cada trozo, minuciosamente en cada astilla.

Muele aún, con mecánico brío, a la hora en que se abre la puerta, porque es la hora en que debe ser abierta, y da paso al estupor del marido.

BRUNET, Marta. El espejo. Otros cuentos. Obras completas de Marta Brunet. Santiago, Zig-Zag, 1962. Pp.298-303.

BRUNET, Marta. Tierra Bravía. Otros cuentos. Obras completas de Marta Brunet. Santiago, Zig-Zag, 1962. Pp.216-230.

BRUNET, Marta. La nariz. Otros cuentos. Obras completas de Marta Brunet. Santiago, Zig-Zag, 1962. Pp.264-274.

BRUNET, Marta. Dos hombres junto a un muro. Otros cuentos. Obras completas de Marta Brunet. Santiago, Zig-Zag, 1962. Pp.236-240.